

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Paraíso infernal

A los cinco espías los habían sacado del mar por medio de una red de un barco pesquero. Allí, entre los miles de peces vivos que componían el fruto de la jornada de trabajo los pescadores yugoslavos habían encontrado a los cinco hombres, a los cinco agentes secretos. El hallazgo era por demás macabro, dadas las circunstancias, aunque bien podría decirse que todo se reducía a vivir o a morir. Y ellos habían muerto… Mejor dicho, los habían asesinado de un modo horrible. En cualquier caso, estaban muertos. Fin. Pero no, realmente el asunto no estaba terminado. Ni mucho menos. A decir verdad, se podía decir que acababa de empezar… en el mismo momento en que la agente Baby había llegado al lugar del hallazgo. Sí, a partir de ese momento comienza la búsqueda de un «Paraíso infernal», aunque cierto personaje llamado Dirigente Auténtico Oculto de los Estados Unidos de África del Oeste, opine que es un paraíso celestial… para él solo. Claro está, la señorita Montfort va a sacarle muy pronto de su tremendo error.



Lou Carrigan

Paraíso infernal

Brigitte en acción - 490

ePub r1.2
Titivillus 09.05.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El viaje no había sido precisamente agradable, pero el final del mismo todavía fue peor.

Los cinco cadáveres presentaban un aspecto horripilante.

Cada uno de ellos ocupaba una caja que no se parecía en nada a un ataúd, y sí en cambio a embalaje para cualquier clase de herramienta agrícola o industrial. En realidad, todo había sido previsto para que cada uno de los muertos fuese enviado a su país de origen, a fin de ser sepultado. Discretamente, claro.

Y asunto terminado.

Aunque no exactamente, porque había cinco países que estaban muy enfadados.

Mejor dicho, los servicios secretos de esos cinco países, que eran: Rusia, Alemania Occidental, Francia, Estados Unidos y el Reino Unido.

Enfadados e intrigados. Especialmente, muy intrigados.

Los agentes secretos muertos eran, por el orden en que quedan citado los cinco países, los siguientes: León Strogoff, Otto Kruger, Emil Artignac, Waldo Crane y Arnold Joyce. Es claro que la profesión de espía tiene, por encima de todo, el serio inconveniente de que en cualquier momento uno puede ser eliminado del mundo de los vivos, pero, además de que tan drástica medida estaba en plena decadencia, las circunstancias en que habían sido hallados los cinco cadáveres resultaban cuando menos intrigantes, como ya se ha dicho. Y horripilantes.

Los habían sacado del mar por medio de una red de un barco pesquero. Allí, entre los miles de peces vivos que componían el fruto de la jornada de trabajo los pescadores yugoslavos habían encontrado a los cinco hombres, a los cinco agentes secretos ya citados, y que se hallaban metidos en cajas para ser repatriados.

Pero no, el asunto no estaba terminado. Ni mucho menos.

A decir verdad, se podía decir que acababa de empezar.

—¿Quiere ver las fotografías? —preguntó Simón-Roma.

La encantadora dama rubia que había llegado con él al lugar donde la policía y el servicio secreto yugoslavos tenían los cadáveres, asintió, y tendió la mano. Hacía muy poco que había llegado, en helicóptero, procedente de Venecia. Nueva York-Paris-Venecia-Split. Todo un viaje, agravado por la prisa, el calor y las grandes masas de ciudadanos del mundo que disfrutaban de sus vacaciones llenando aeropuertos, hoteles, aviones, trenes, barcos, y, en fin, todo. Todo lleno de ciudadanos del mundo ansiando divertirse.

Mientras tomaba las fotografías que le tendía Simón-Roma, la dama rubia miraba al agente ruso Mihail Obenkov, que era quien se las había entregado un instante antes a Simón-Roma, y le hizo un gesto de agradecimiento. El ruso Obenkov correspondió amablemente al gesto, aunque su ceño estaba todavía fruncido. De todos modos, aquel asunto estaba claro: los Directorios de los cinco servicios secretos afectados habían decidido cooperar, entenderse, aliarse para resolver aquel caso en absoluto corriente.

Por lo tanto, la KGB, había enviado nada menos que a Mihail Obenkov; el SDECE francés, a Jacques Delpierre; el BND alemán, a Helmut Krainer; el MI6 británico, al inefable Edward H. Prentiss. Y, considerando la importancia del asunto y de aquella inesperada relación entre agentes secretos de altos vuelos, la CIA, claro está, había enviado a su agente «Baby», que había sido la última en llegar al lugar donde se habían instalado los cadáveres y se habían hecho todos los preparativos para su repatriación mientras se estudiaba cómo iniciar la investigación que pudiera aportar explicaciones sobre lo sucedido.

Las fotografías eran en verdad sobrecogedoras. Mostraban a los cinco hombres como formando una masa de carne hinchada y en principio de descomposición. Habían sido recogidos por una red de pesca de arrastre formando como una pelota de carne. Una auténtica pelota de carne, pues los cinco habían sido arrojados al mar encadenados unos a otros, formando talmente como un paquete de carne envuelto en gruesa cadena cuyo peso, por sí solo, había servido para que los cinco hombres se fuesen al fondo del mar.

Y desde luego, todavía vivos, como había asegurado el médico

yugoslavo que había acudido en primera instancia. O sea, no se trataba de que primero hubiesen matado a los cinco espías y luego hubieran arrojado sus cadáveres al mar; se trataba de que los habían encadenado unos a otros, formando como una empanada de carne, y luego, los habían arrojado el mar, donde, naturalmente, se habían ahogado. Se veían sus ojos casi fuera de la cara, sus vientres hinchados, sus carnes mordidas por los peces y abiertas, como rotas…

Ahora, cada cual en su caja de madera, taponados y un poco arreglados, ofrecían un aspecto terriblemente muerto. Pero en las fotografías todo era peor, todo era… espeluznante y horroroso. La dama rubia terminó de mirar las fotografías, y las devolvió a Simón-Roma, el cual hizo un gesto para devolverlas a Obenkov, que hizo un gesto de rechazo.

—Quédenselas. Todos aquí tenemos fotografías de sobra.

—Sí —dijo Simón-Roma—, pero éstas no son de la serie tomada por los yugoslavos, sino que fueron tomados por ustedes, por los rusos.

—Considérenlo una gentileza hacia Baby.

La rubia sonrió como divertida a Obenkov, pero enseguida recuperó su expresión seria, concentrada. Dirigió una última mirada al cadáver del agente de la CIA Waldo Crane, que yacía en su caja como un hinchado muñeco de pasta violácea, y luego se acercó a la ventana de la sala y encendió un cigarrillo.

Allá fuera estaba el sol, el mar, el cielo. El mar Adriático, de cuyo fondo habían sido recogidos casualmente los cinco espías asesinados. Sí, desde luego había sido una gran casualidad, porque sin la menor duda aquel… «paquete» había sido lanzado al mar para que jamás fuese encontrado por nadie, pero, fuese lo que fuese lo que hubiera ocurrido, lo cierto era que los cadáveres habían sido hallados. Quizás alguna corriente submarina los había ido desplazando sobre la arena del fondo del mar en la zona donde habían sido lanzados. O cualquier otra causa. El mar tiene cosas sorprendentes, el mar sigue siendo el gran desconocido.

Como fuese, los cadáveres destinados a permanecer sepultados para la eternidad en el fondo del mar habían salido a la superficie, metidos en una red, como una insólita pesca entre los miles de peces capturados. Era fácil imaginarse el susto de los pescadores

yugoslavos, que se habían apresurado a comunicar a las autoridades el hallazgo por medio de la radio. A partir de ese momento, todo había sucedido muy deprisa, pues apenas hacía cuarenta y ocho horas que el «paquete» había sido «pescado»…

—*Madame* —oyó la dama rubia junto a ella—, si le parece bien podemos proceder a la repatriación. Cada segundo que transcurre lo hace todo más penoso.

—Sí —se volvió ella a mirar a Jacques Delpierre—, tiene usted razón. Por supuesto, no es necesario esperar más. Agradezco a todos la deferencia que han tenido al esperarme.

—Bueno —sonrió el francés—, a fin de cuentas usted es quien ha venido de más lejos, así que debíamos tenerle esta consideración. Por otra parte, y personalmente, tengo instrucciones muy concretas y severas para colaborar con usted hasta cualquier límite. Según parece, tiene usted buenos amigos en las altas esferas del SDECE, *Madame*.

—En efecto.

—Admirable. Eso ni siquiera yo lo he conseguido.

—No desespere. Tal vez dentro de veinte o treinta años lo consiga.

—Es una esperanza. *Madame*: ¿usted sabe qué estaba haciendo en Europa su colega de la CIA, el señor Waldo Crane?

—Por supuesto. Fui informada de ello durante el viaje.

—Ajá. ¿Y bien? ¿A qué se dedicaba su colega Crane?

—A nada. Hacía casi tres meses que había pedido la baja en la CIA, y, a todos los efectos y hasta donde nosotros sabemos, se hallaba en Europa simplemente de vacaciones.

—Es curioso —murmuró Delpierre—… lo mismo sucede con los otros cuatro.

Hubo un destello de súbito interés en los verdes ojos de la dama rubia.

—¿Sí? ¿Realmente?

—Hemos sostenido unas breves conversaciones preliminares entre nosotros —asintió Delpierre—, y nos hemos sincerado cuando menos en ese detalle.

Claro, cada uno de nosotros quería saber qué hacían los agentes de los otros servicios, a fin de buscar algo que tuvieran en común.

—Y ha resultado que lo que tenían en común los cinco era que

estaban retirados de sus respectivos servicios y se dedicaban al *dolce far niente*, es decir, a disfrutar tranquilamente de la vida.

—Pero se les terminó el disfrute.

—Nada dura eternamente.

—Y menos que nada, la vida —machacó Delpierre—. ¿Sabe qué es lo que más intrigados nos tiene a todos, *Madame*?

—¿Qué?

—Que nuestros cinco colegas conservasen encima sus documentaciones. Esto, y el hecho de que algunos de sus documentos estuviesen plastificados, permitió su rápida identificación, y, por tanto, la rápida intervención de todos nosotros.

—Ya. Sí, es sorprendente, a primera vista. Pero en realidad, resulta del todo lógico. No olvide, *Monsieur*, que ese gran paquete de cadáveres estaba destinado a permanecer para siempre en el fondo del mar. Por tanto, ¿para qué complicarse la vida con sus documentaciones, reteniéndolas aunque fuese para destruirlas? Siempre podría ocurrir algún fallo. En cambio, en el fondo del mar nunca serían localizadas. Igual que el resto de sus cosas, como encendedores, llaves, monedas… Todo al fondo del mar.

—Entiendo. Sí, es posible que sea como usted dice. *Madame*, ¿se le ha ocurrido a usted qué podían estar haciendo nuestros difuntos colegas antes de ser tan drásticamente eliminados?

—Por supuesto.

Delpierre parpadeó, impresionado. Los demás agentes secretos, que por supuesto habían estado atentos a la conversación entre Baby y Delpierre, mostraron todavía un mayor interés, esperando una aclaración por parte de la espía americana.

—¿De veras, *Madame*? —Murmuró Delpierre—. ¿Y… qué se le ocurre a usted que podían estar haciendo los cinco juntos?

—Espionaje.

—Espionaje. Ah.

La respuesta pareció decepcionar a Delpierre, y lo mismo a los otros espías, que seguían mirando fijamente a su colega de la CIA.

—Quiero decir —deslizó suavemente Baby, para completar el significado de su respuesta— que por supuesto no estaban disfrutando de vacaciones, sino metidos en algún importante asunto de espionaje. No vamos a engañarnos al respecto, ¿verdad,

caballeros? Los cinco eran espías, y, aunque hubieran pedido la baja en sus respectivos directorios, nosotros sabemos que un espía es siempre un espía. Para mí, esto no contiene ningún enigma. Ni siquiera me intriga demasiado el hecho de que estuvieran juntos en cualquier asunto. Lo único que me llama un poco la atención… digamos de modo un poco especial es que todos hubieran pedido la baja.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Krainer.

—Lo que he dicho. Me pregunto qué actividad podía ser para ellos tan… importante y absorbente que les impulsara a pedir la baja.

—Lo que usted está diciendo —intervino ahora Prentiss— es que estos cinco hombres estaban metidos en el mismo asunto, trabajando juntos.

—Ciertamente. Pero algo ocurrió que impulsó a sus contratistas a eliminarlos y hacerlos desaparecer.

—¿Sus contratistas? —Murmuró Obenkov—. Se refiere usted, claro, a las personas que los reunieron a los cinco, posiblemente para encargarles un trabajo.

—Evidentemente, señor Obenkov.

—¿Y quién se le ocurre que pueden ser esos contratistas? ¿Tal vez la KGB?

—No.

—¿El MI6, quizá? —sonrió Edward H. Prentiss.

—No —replicó Baby, mirándolo.

—¿Cabe suponer que desconfía usted del SDECE, *Madame*? —indagó un tanto divertido Delpierre.

—Yo desconfío de todo el mundo, *Monsieur* —le miró fijamente Baby—. Sin embargo, en esta ocasión, no hay motivos para que desconfiemos entre nosotros. Ustedes tienen que haber entendido perfectamente que esto no lo ha hecho ninguno de nuestros servicios secretos. Ni ningún servicio secreto establecido. Para cualquier cosa que cinco hombres puedan hacer, cualquiera de nuestros servicios dispone de personal más que suficiente y hasta sobrado. De modo que a nuestros colegas los contrató un particular. Y por favor, hablemos en serio y con sinceridad, no me digan que a ustedes no se las había ocurrido esto.

—La verdad es que sí —sonrió Obenkov.

—Si hemos de colaborar realmente unos con otros les ruego que nos dejemos de reticencias. O colaboramos de verdad y con sinceridad, o que cada uno trabaje por su lado y por su cuenta. Les aseguro que yo no tendría inconveniente en hacerlo así.

—Vamos, no se enfade —dijo Prentiss—. Todos estamos un poco molestos por este asunto.

—¿Molestos? —Le miró gélidamente la espía americana—. Señor Prentiss, cuando yo encuentre a las personas que han sido la causa de esto ya verá usted que me mostraré algo más que molesta.

—O sea, que usted espera encontrarlos —dijo Helmut Krainer.

—Naturalmente.

—¿Y por dónde piensa empezar?

—En lo que a mí respecta, empezaré por Waldo Crane, mi colega de la CIA. Voy a movilizar a todos mis Simones de Europa para que averigüen dónde se hallaba instalado Crane, qué hacía, con quién se relacionaba, quién le vio vivo por última vez, cuánto dinero manejaba… Dentro de cuarenta y ocho horas espero saber de mi colega Crane incluso cuántas púas tenía su peine.

—Tal vez llegue a saber eso —dijo Obenkov—, pero estoy seguro de que en algún punto de la investigación sus compañeros se encontrarán con la pista cortada.

—Es de temer —asintió Baby—. Pero cuando ellos lleguen a ese punto, empezaré a trabajar yo. Como investigadora sistemática no soy precisamente una maravilla, me consta que mis Simones harán esa parte mejor que yo. Pero, como investigadora intuitiva les aseguro que mis facultades son… sorprendentes.

—Dicho de otro modo: usted confía más en el azar que en el sistema de rastreo metódico y bien desarrollado.

—Yo nunca he confiado en el azar, señor Obenkov. Pero sí en mi intuición de espía, que me está reportando algunos éxitos desde hace tiempo. Quizá si echara usted un vistazo a los archivos de la KGB se convencería de ello.

Obenkov se quedó como aturdido, mientras el resto de los presentes sonreían y hasta dejaron escapar alguna risita que se esfumó rápidamente. Para nadie era un secreto que la agente Baby había sido siempre una pesadilla para el resto de los servicios secretos mundiales, y de modo especial para los rusos y los chinos. Obenkov terminó por mostrar también una sonrisa.

—No he pretendido quitarle importancia a usted ni a su labor profesional —aclaró su frase anterior—. Simplemente, me sorprendía que usted desdeñase una investigación formal. Ya sé, ya sé —se apresuró a añadir—, no se trata de que desdeñe usted nada, sino de que cada cual trabaja a su manera y según sus posibilidades y facultades…, y usted lo hace con las cuyas propias. Todo esto queda entendido. Y, en definitiva, lo que usted propone es que cada uno de nosotros recurra a su empresa para que realice esa investigación respecto al compañero primero retirado y luego asesinado.

—Exacto.

—Por mi parte, acepto —asintió Obenkov.

Los demás cambiaron unas breves miradas, y terminaron por aceptar todos la razonable y lógica propuesta de su colega americana. Luego, Krainer preguntó:

—¿Y qué haremos cuando todos nosotros tengamos los resultados de esa investigación? ¿Ponernos cada uno de nosotros a investigar más a fondo respecto a las últimas andanzas de nuestros compañeros asesinados?

—Yo propondría —se apresuró a dar su opinión la bella dama rubia— que nos reuniésemos, cambiásemos impresiones ampliamente con toda la información conseguida, y acto seguido, en lugar de lanzarnos a seguir cinco pistas diferentes o trabajar todos juntos en tropel siguiendo la que nos pareciera más interesante, designar a uno de nosotros como… punta de lanza o cabeza visible que emprendiera la investigación final en solitario…, siempre bien respaldado por los demás, claro está.

—Ya. ¿Y quién le parece a usted que de entre nosotros sería el agente ideal para seguir esa investigación en solitario?

—Creo que primero debemos escuchar la información conseguida, y tras estudiarla elegir al que nos pareciese más adecuado.

—Eso es muy razonable —dijo Obenkov, sonriendo.

—¿Hay algo en todo esto que le hace gracia de modo especial a usted, señor Obenkov? —Frunció el ceño Baby.

—Prefiero reservarme la respuesta —replicó el ruso.

—Y yo sugiero que no perdamos más tiempo y comencemos a trabajar —dijo Krainer—. Y si les parece bien podemos citarnos

para dentro de cuarenta y ocho horas en algún sitio conveniente para todos.

—Sugiero Venecia —propuso Prentiss.

—No está mal —asintió Krainer—, pero… ¿por qué Venecia?

—Me ha parecido romántico —dijo el británico—. Y como entre nosotros hay una dama de la cual, por supuesto en secreto, todos estamos enamorados como espías…, ¿por qué no Venecia?

—Es usted muy amable, señor Prentiss —sonrió Baby—. Entonces, caballeros… ¿dentro de cuarenta y ocho horas en Venecia?

Capítulo II

Simón-Roma entró en el amplio aposento de aspecto romántico y vetusto, y se acercó al ventanal emplomado, abierto ahora a los canales de Venecia. Sentada en una especie de trono, la señorita Brigitte Montfort dejó de contemplar el paisaje de canales, viejos edificios, góndolas y vaporettos, y le miró amablemente.

—Ha llamado Obenkov. Ya está en Venecia, y me ha pedido la dirección donde estamos instalados. Tardará veinte minutos en llegar aquí.

—De acuerdo. Supongo que los demás no tardarán en llamar…, a menos que las radios que repartimos se hayan averiado.

—No es probable —replicó Simón—: es material fabricado en Estados Unidos.

—Ya. Supongo, Simón, que como jefe de Roma y por tanto de Italia, usted ha estado muchas veces en Venecia.

—Así es. Tengo muchos recuerdos de Venecia. Y no todos buenos.

—Lo mismo me sucede a mí —murmuró Brigitte—. También he estado aquí muchas veces, y tengo recuerdos buenos y malos. Hay uno en especial que nunca olvidaré[1]…, pero que prefiero no recordar ahora. Lo que quería decir es que Venecia es una ciudad inolvidable. Hay ciudades, muchas de ellas más hermosas que Venecia, pero que pasan a la zona mental del olvido cuando no estás en ellas. En cambio, Venecia es inolvidable. Por ejemplo, ¿quién dudaría que Chicago es una ciudad hermosa? Sin embargo, en cuanto a recuerdos no se puede comparar con Venecia.

—Bueno —sonrió el jefe de la CIA en Italia—, eso depende. Supongo que algunas personas tendrán recuerdos imborrables de Chicago. Pero tiene usted razón: Venecia es especial. Lástima que tarde o temprano será tragada por el mar.

—Mantengamos la esperanza de que se consiga alguna técnica

que permita sostenerla a flote. Bien, será mejor que me prepare para recibir a nuestros colegas.

Brigitte abandonó su asiento ducal, cruzó la gran sala del palazzo que la CIA le había alquilado para que se instalase durante su permanencia en Venecia e incluso durante el tiempo que durase su acción en Europa, y se dirigió al amplio dormitorio con cuarto de baño anexo. Ya en éste, procedió a cambiar su aspecto, aunque sin exagerar. Por supuesto, ocultó sus azules ojos tras unas lentillas de contacto de color verde y recogió sus negros cabellos para colocarse la rubia peluca; luego introdujo en sus fosas nasales los pequeños aros de plástico que deformaban un poco la nariz, y se introdujo en la boca las pequeñas almohadillas que daban mayor abultamiento a sus mejillas…

Se contempló en el espejo críticamente.

«—Por supuesto que ellos saben que altero mi aspecto físico para estos encuentros, pero no creo que se molesten…, del mismo modo que yo no me molestaré cuando obtengan subrepticiamente algunas fotografías mías. Cielos, me pregunto qué ocurriría si algún día los rusos supieran que la agente Baby es la periodista americana Brigitte Montfort…».

Sí, sería interesante conocer la reacción rusa. Claro, no la reacción del pueblo ruso, sino la reacción de la KGB… No valía la pena complicarse la vida con suposiciones. Bastante trabajo tenían ya todos con realidades.

Obenkov llegó cuando, ciertamente, la señorita Montfort volvía a ser la dama rubia que el ruso había conocido en Split.

—No traigo buenas noticias —dijo enseguida Mihail Obenkov—. Seguimos investigando, pero hasta ahora no hemos logrado ninguna pista interesante de las últimas actividades de mi camarada Leon Strogoff. Las últimas noticias que tenemos de él lo sitúan en Atenas.

—¿Y qué hacía allí? —señaló Baby un sillón frente al suyo.

—Nada —Obenkov se sentó—… Es decir, nada que hayamos conseguido averiguar por el momento. Estaba en un hotel modesto para turistas, y al parecer se dedicaba a pasear, comer en sitios típicos… visitar los viejos monumentos, hacer algún que otro viaje a El Pireo o a alguna playa… Esa clase de actividades inconexas e irritantes de los turistas que van por su cuenta y no por medio de una agencia de viajes.

—Me parece que está usted un poco enfadado —sonrió Baby.

—Strogoff era un viejo zorro —masculló Obenkov—, de modo que usted y yo sabemos que él estaba haciendo algo concreto en Atenas, pero… ¿qué cosa? ¿Cómo distinguir esa cosa especial de la gran cantidad de tonterías turísticas? Maldita sea, estamos tratando de rastrear a un espía profesional que sabía que en algún momento alguien trataría de seguir su rastro.

—Y por tanto, ese rastro no va a ser nada fácil de encontrar.

—No.

—Bueno, no desesperemos. ¿Le apetece un refresco, colega? ¿O vodka, quizá *whisky*, champán…?

—¿Tiene usted champán? —exclamó Obenkov.

—Y muy frío.

—Pues sí… Caramba, sí, me bebería muy a gusto un par de copas de champán, ya lo creo.

—Pero no diga nunca a nadie que en cierta ocasión tuvo como camarero a un agente de la CIA —condicionó Baby, mirando socarronamente al ruso.

Hizo un gesto, y uno de los agentes de la CIA presentes abandonó el salón de recibo, en busca del champán. Obenkov rió quedamente.

—No deja de ser una anécdota —deslizó el agente de la KGB invitado a champán por agentes de la CIA y servido por uno de éstos—. ¿Realmente le molestaría a usted que contara esta anécdota entre mis camaradas?

—La verdad es que no —rió Baby—. Siempre y cuando alguna vez usted invite a vodka a alguno de mis compañeros.

—Trato hecho. Oiga, está usted bien instalada en Venecia.

—Sí. La verdad es que mis Simones siempre me buscan el mejor acomodo posible en mi lugar de operaciones, y me abastecen de todo cuanto preciso para sentirme amada y como en casa.

—Se nota —murmuró Obenkov—. Aunque aparentemente este palacio está prácticamente desocupado, hay una red de agentes de la CIA…, o mejor dicho, una telaraña, que no dejaría pasar ni una mosca hasta usted.

—No me había dado cuenta. Pero supongo que tiene usted razón: ellos siempre montan como un búnker a mí alrededor.

—Sí —Obenkov miraba con renovado interés a Baby—… ¿Qué

han sabido ustedes sobre su hombre Waldo Crane?

—Más o menos lo mismo que ustedes sobre León Strogoff. La única diferencia es que Crane se dedicaba al *dolce far niente* en Nápoles. Y en Capri. Iba y venía entre Capri y Nápoles. Comía *pizzas* y *spaghetti*, bebía buenos vinos italianos, tomaba el sol en Capri, paseaba por los museos de Nápoles… Como usted bien ha dicho antes se dedicaba a esa clase de inconexas a irritantes actividades turísticas de quienes viajan por su cuenta y no utilizando agencias de turismo. Por supuesto, nosotros también seguimos tras los pasos de Crane.

El agente de la CIA que había ido en busca del champán regresó, con una botella dentro de un recipiente con hielo y dos copas, todo en una bandeja. La propia Baby descorchó la botella, y sirvió a Obenkov, que lo agradeció con una sonrisa, suspiró evidentemente satisfecho, y dijo:

—Me pregunto cómo sentaría en mi Directorio una propuesta en el sentido de realizar anualmente reuniones de espías de diferentes servicios para tomar unas copas de champán o de vodka y cambiar impresiones sobre las cosas de la profesión.

—Propóngalo —rió Baby—. Si usted lo hace, yo también lo propondré en la Central de la CIA.

—Trato hecho —Obenkov bebió otro sorbo, miró a su alrededor los cuadros y tapices, movió la cabeza, y dijo—: Lástima que de todo esto me parece que no va a salir nada. Al menos de momento.

Mihail Obenkov se equivocó.

Casi una hora más tarde que él llegó al palazzo, en último lugar, el agente de la BND Helmut Krainer, que pareció sorprendido al encontrar a sus colegas bebiendo champán francés y confraternizando como la cosa más natural del mundo.

—¿Están celebrando algo? —se interesó.

—No tenemos nada que celebrar —dijo Baby—, pero tampoco tenemos por qué privarnos de una cierta relajación, *Herr* Krainer.

—O sea, que ninguno de ustedes ha conseguido nada.

—No —sonrió la espía americana—. ¿Y usted?

Le tendió una copa de champán. Krainer la bebió entera sin respirar, sonrió ampliamente como queriendo suavizar sus sólidos rasgos germánicos, y dijo:

—Hemos detectado una… relación de mi compañero Kruger que

nos ha parecido considerablemente interesante, e incluso significativa. Estamos seguros de que últimamente él había sostenido no menos de tres entrevistas con determinado personaje de Alemania Oriental.

—¿Qué personaje? —saltó Obenkov.

—Ludwig Krapps.

—¿El fabricante de armas? —Casi gritó ahora Mihail Obenkov.

—Sí.

—¡Eso no es posible!

Todos los presentes se quedaron mirando fijamente a Obenkov, que permaneció unos segundos con la mirada como perdida, el ceño fruncido, el gesto hosco.

Por fin, el ruso movió la cabeza, miró a Krainer, y masculló:

—Lo siento. Claro que es posible, si usted lo dice. Eso aparte, precisamente, todos sabemos que está ocurriendo algo fuera de lo corriente…, si es que algo de lo que sucede en el espionaje es corriente alguna vez. Maldita sea: ¿qué trataban Ludwig Krapps y su colega Kruger?

—Eso no lo sabemos… todavía.

—Habrá que preguntárselo al señor Krapps —dijo Delpierre—…, a menos, claro está, que el señor Krapps haya desaparecido.

—No, no ha desaparecido. Lo tenemos localizado —aseguró Krainer.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en Italia. Y muy cerca de Venecia. Concretamente, está como invitado en una hermosa villa en la localidad costera de Rimini.

—¿Rimini? —Intervino Simón-Roma—. Es una localidad turística de considerable nivel, hacia el sur de Venecia, apenas a ciento cincuenta kilómetros.

—Y está en el Adriático —dijo Baby.

—Claro.

Cambiaron miradas unos con otros. Por fin, Prentiss inquirió:

—¿De quién es esa villa donde está invitado Krapps?

—Estamos en ello; por el momento sólo sabemos que ha sido alquilada por una empresa de servicios psicológicos llamada «Paradiso».

—Paraíso —murmuró Baby—… ¿Y qué es eso de una empresa

de «servicios psicológicos»?

—También estamos buscando a esa empresa, pero sería conveniente que obtuviéramos ayuda de los italianos.

—Puedo encargarme de eso, si quieren —dijo enseguida Simón-Roma—… Tengo un buen amigo en el Servizio Segreto. Posiblemente, alguno de ustedes lo conoce también, pero realmente mis relaciones con él son buenas: Giulio Sotoleone.

Un murmullo colectivo fue la expresión de que, ciertamente, el *signore* Sotoleone no era precisamente un desconocido en la profesión. Baby, que iba mirando como divertida de uno a otro espía, terminó por alzar las manos reclamando atención.

—Caballeros, estoy segura de que entre todos podemos montar una… red de investigaciones realmente impresionante en torno a esa villa, a *Herr* Krapps, y a la empresa «Paradiso». Pero mientras toda esta investigación se lleva a cabo, digamos utilizando nuestros… servicios con la máxima discreción, nosotros no vamos a permanecer inactivos, ¿verdad?

—Tengo por cierto que todos estaremos encantados de escuchar sus sugerencias —dijo ceremoniosamente el siempre imponderable Edward H. Prentiss.

—Muchas gracias. ¿Están todos de acuerdo con el señor Prentiss, realmente?

—*Madame* —dijo Delpierre—, solamente un imbécil se negaría a escuchar sugerencias de la agente Baby en cuestiones de espionaje, Y me atrevo a asegurar que en esta reunión no hay ningún imbécil.

En efecto, no había allí ningún imbécil.

La villa en cuestión no estaba exactamente en Rimini, es decir, dentro de esta localidad, sino un poco hacia el sur, a mitad de camino hacia la localidad llamada Miramare. Era una hermosa construcción a poca distancia de la playa, rodeada de verjas y con un frondoso jardín en el que predominaban los pinos, si bien se distinguían algunos hermosos castaños. Ciertamente, no era una villa cuyo precio, ya fuese de compra o de alquiler, estuviese al alcance de cualquier pelagatos.

Pero todo esto no sorprendía en absoluto a la agente Baby, que sabía hacía ya muchísimo tiempo que el Mal siempre dispone de

grandes y fuertes recursos para imponerse en la Vida y en las vidas de las personas normales.

Paradójicamente, un país de modestas riquezas carecía de recursos para construir, por ejemplo, hospitales o escuelas, pero se gastaban varios cientos e incluso a veces varios miles de millones de dólares en adquirir aviones de combate para «la protección militar del país».

Pero, santo cielo, ¿qué protección?

¿Qué protección podía tener un país que se hubiera endeudado para comprar una docena de aviones ya obsoletos en Estados Unidos, si los propios Estados Unidos hubiesen decidido atacar con cien escuadrillas de modernos bombarderos ese mismo país?

Más o menos, era lo mismo que si el campeón del mundo de boxeo le vendiera sus viejos guantes a un manco… para que éste le plantara cara al campeón si alguna vez éste decidía atacarle. Claro, también podía entablarse una contienda entre dos países insignificantes que hubieran gastado lo que tenían y lo que no tenían en comprar aviones de desecho a Rusia, por ejemplo. Pero… ¿cuál de los dos ganaría si se enzarzaban en una guerra? La respuesta era por demás obvia: ninguno, pues los dos quedarían maltrechos, arruinados, y con luto en ambos países.

Pero bueno, si el mundo es tonto, ¿qué se le va a hacer?

«—Al menos, yo, no puedo hacer más de lo que hago», reflexionó Baby.

Y lo que estaba haciendo, conforme finalmente se había convenido en el palazzo veneciano, era vigilar directa y personalmente la villa en la que, según los informes de Helmut Krainer, se hallaba invitado el fabricante de armas de Alemania Oriental llamado Ludwig Krapps.

Pero claro está, la agente Baby no estaba allí vigilando para limitarse a esto, cosa harto sencilla para cualquier espía bien formado. Estaba allí porque sus colegas habían admitido que si alguien estaba verdaderamente capacitado para acercarse a la villa lo suficiente para intentar saber qué ocurría dentro de ella, ese alguien era su colega americana. Es claro que, en un momento dado y a las malas, los cinco servicios secretos que intervenían en el asunto podían resolver la incógnita por el simple procedimiento de invadir la villa en cuestión y detener a todos sus ocupantes.

Pero… ¿era esto una medida inteligente y conveniente? ¿Acaso no podían obtener mejores resultados teniendo una buena dosis de paciencia y continuar las investigaciones mientras la colega americana olfateaba la villa de muy cerca, tan de cerca que pudiese incluso oler lo que se cocinaba allá dentro, tras las verjas y entre los pinos y castaños?

De modo que allí estaba la señorita Delmare, con su pequeño coche deportivo, su maletín y sus prismáticos, efectuando una ronda de inspección, utilizando su bien entrenado olfato y pensando en algún pretexto mínimamente razonable que le permitiera entrar en la villa e intentar conocer a sus ocupantes…

Hasta el momento, tras casi todo un día de vigilancia, sólo había conseguido ver entrar y salir un par de coches oscuros y de cristales ahumados.

También, por entre las verjas, había divisado algunos hombres merodeando por el jardín, y eso le había bastado para comprender que fuesen quienes fuesen los señores de la empresa «Paradiso», sabían cómo proteger su intimidad…

Bip-bip-bip, sonó la pequeña radio de dotación de Baby, que atendió la llamada en el acto.

—¿Sí?

—Hola. Soy Simón. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Aburridas, me están entrando tentaciones de abandonar la vigilancia y darme un paseo hasta San Marino. Total, apenas son veinte kilómetros de viaje.

—Ya. Pero… ¿qué se le ha perdido a usted en San Marino?

Brigitte Baby Montfort quedó silenciosa y pensativa. ¿Qué se la había perdido a ella en San Marino? Nada…, excepto recuerdos imborrables. Recuerdos de su primera misión verdaderamente importante como agente de la CIA reclutada por Charles Alan Pitzer, su «tío» Charlie. ¡Santo Dios, claro que se le habían perdido cosas en San Marino! Allí se había jugado la vida, había conocido a «Fantasma», había resuelto aquel caso tan importante y sorprendente… **[2]**

—¿Baby? —Sonó como tensa la voz de Simón.

—Sí… Perdone, me había quedado absorta. Tengo… intensos recuerdos de San Marino, pero no vienen ahora al caso. Como le decía, por aquí todo aburrido. No parece que haya grandes

posibilidades de contacto, y francamente, eso de entrar en una villa de esa categoría diciendo que vendo enciclopedias, seguros, automóviles, o cualquier otra cosa lo veo… pueril y muy gastado. ¿Sabe usted algo más de lo que ya se habló en Venecia?

—Sí. Uno de los dos coches cuyas matrículas nos facilitó usted está a nombre de un tal Santos Sanpedro, al parecer residente en Roma.

—No me parece un nombre italiano, el de ese sujeto.

—No es italiano. Es boliviano.

—Oh, no —protestó Baby.

—¿Qué le ocurre?

—¡Espero que no nos habremos metido en un asunto de drogas! Sólo de pensarlo me muero de asco y aburrimiento.

—La comprendo: eso de las drogas suramericanas es una mierda demasiado repugnante para gente como nosotros.

—Exactamente. ¿Qué han averiguado en concreto sobre ese Sanpedro?

—Solamente tenemos el nombre como propietario de uno de esos dos coches mencionados, y nada más. Estamos rastreándolo, y puedo anticiparle que no va a ser fácil. No su localización física, pues cabe suponer que si está su coche también ese Sanpedro esté en la villa que usted vigila, pero parece uno de esos hombres que saben cómo… eclipsar sus actividades.

—Ah, ya.

—De todos modos, usted debería descansar. ¿Por qué no se retira unas horas al chalecito que le hemos preparado a poca distancia de aquí? Puedo colocar ahí a dos muchachos, y ellos nos avisarían a usted y a mí sí ocurriese algo interesante.

—Me parece que voy a aceptar —suspiró Baby—. Estoy cansada y aburrida, Simón. ¿Qué sabemos de nuestros colegas?

—Helmut Krainer está enfadado. Al parecer, sus compañeros de la BND que están haciendo investigaciones en Alemania Oriental en torno a Ludwig Krapps han sabido que éste está gestionando el desmantelamiento de su fábrica de armamento.

Durante unos segundos, Baby estuvo atónita. Por fin, murmuró:

—¿Desmantelar una fábrica de armamento? ¿Con qué objeto?

—No lo sabemos todavía.

—Pero… ¿por qué se ha enfadado Krainer por eso?

—Bueno, él piensa que quizá Krapps pretende trasladar su fábrica a territorio de la Unión Soviética.

—¿Llevar una fábrica de armas convencionales como la de Krapps a la Unión Soviética? —Brigitte no salía de su asombro—. ¡Eso es una tontería, Simón! Seamos sensatos: ¿para qué necesita la Unión Soviética una fábrica de armamento como la Krapps, que prácticamente ha quedado obsoleta… *demodée*, como diría nuestro colega Delpierre? Eso aparte, a Krainer bien poco le puede importar que la fábrica Krapps esté en Alemania Oriental o en la Unión Soviética, ya que en ambos casos está fuera de su país.

—Para Krainer, una fábrica en la Alemania Oriental está dentro de su país.

—Ya. Es de los alemanes que todavía esperan recuperar la otra Alemania. Bueno, está en su derecho, y a nosotros no nos incumbe lo que… Simón, un momento… ¡Está saliendo de la villa un coche que hasta ahora no había visto!

—¿Puede ver la matrícula?

—No. Está demasiado lejos… Espere, miraré con los prismáticos… Lo mejor será que cortemos el contacto. Yo le llamo a usted dentro de unos minutos.

—*Okay*.

Baby cerró la radio, la dejó en el asiento, y tomó de allí los prismáticos, que enfocó hacia el automóvil recién salido de la villa. Los cristales no eran ahumados, de modo que pudo ver al conductor, un hombre de raza negra cuyos cabellos parecían alambres retorcidos. Miró la matrícula, y tras titubear efectuó la llamada por la pequeña radio.

—¿Sí? —Sonó enseguida la voz de Simón-Roma.

—Voy a seguir a ese coche, Simón, de modo que será conveniente que envíe a dos de nuestros compañeros a vigilar la villa. Y que no se descuiden, pues dentro de una hora será de noche, y quizás empiecen a ocurrir cosas… ¿Toma nota de la matrícula?

—Desde luego.

Brigitte informó de ella, y partió tras el automóvil en cuestión, que se dirigía hacia la carretera de la costa.

—Al volante de ese coche va un negro —informó todavía—, y me parece haber visto otro ocupando el asiento de atrás. El coche es un Mercedes oscuro… Yo diría que es de alquiler. Me pondré en

contacto con usted en cuanto sea conveniente.

Cortó, y continuó tras el Mercedes, manteniendo la distancia. Poco después, llegaban a la carretera de la costa, en efecto. Pero no viajaron por ella mucho rato, pues al primer desvío la abandonaron, enfilando un camino que, apenas medio kilómetro más adelante, pasaba por debajo de la línea del ferrocarril, que circulaba paralela a la carretera. Y no sólo a la de la costa, sino a la carretera de orden principal; eran como tres rutas paralelas que se dirigían hacia Rimini…

«—Pero no van a Rimini —pensó de pronto Brigitte—: van al aeródromo… ¡Van a tomar un avión, o una avioneta!».

Estaba a punto de recurrir a la radio para informar de esto a Simón, a fin de tomar las medidas oportunas para que la CIA tomase el rastro del avión o avioneta que los negros abordasen en el aeródromo de Rimini, cuando apareció el otro automóvil.

Y nada más verlo, Baby comprendió que la acción había comenzado.

Capítulo III

El coche recién aparecido era un Fiat Fragata azul oscuro, y surgió como de la nada. Es decir, que había estado escondido cerca de aquel camino, sin duda esperando la aparición del Mercedes…, a menos que todo fuese una grandiosa casualidad.

Pero no.

No era ninguna casualidad.

El Fiat circuló rebotando en el mal terreno donde había estado escondido hasta llegar muy cerca del camino por el que circulaba el Mercedes. El Fiat se detuvo, y el cristal de la ventanilla derecha delantera bajó a las órdenes del mando eléctrico pulsado desde el asiento del conductor.

La espía americana quedó un instante con la mente en blanco. Acto seguido, supo lo que iba a ocurrir, su intuición se lo dijo.

Y ocurrió.

Todavía estaba ella lanzando la exclamación de sobresalto cuando en el interior del Fiat se produjo un resplandor. Casi simultáneamente, por delante de Baby y todavía a distancia más que prudencial, el Mercedes saltó al recibir el impacto de la granada, y en el acto quedó envuelto en fuego mientras cristales pulverizados y partículas de coche saltaban a todos lados al rojo vivo. El Mercedes dio una vuelta insólita, y quedó ruedas arriba, girando como componentes de un espectáculo pirotécnico.

Del interior del coche, sorprendentemente, salió el chófer negro, dejándose caer y acto seguido arrastrándose a toda prisa para alejarse del Mercedes, que se había convertido en un pequeño infierno…

Fue alucinante: desde el interior del Fiat dispararon de nuevo, y el negro saltó en pedazos de carne asada al explotar bajo su vientre la granada de napalm. Sencillamente: saltó en pedazos, desapareció convertido en picadillo de carne abrasada.

Del interior del Fiat se apeó un hombre, portando un rifle especial en las manos, y se acercó cuanto pudo al Mercedes, muy interesado en asegurarse de que nadie más salía de entre aquel volcán de hierro retorcido. Y el humo, el fuego, y su propia tensión le jugaron una mala pasada: no vio, a cierta distancia y entre los pinos, el pequeño coche deportivo de color crema; no vio, todavía más cerca y apuntándole con la pequeña pistola, a la hermosa muchacha rubia; pero sí sintió, de pronto, el mordisco del plomo en el vientre. Lanzó un aullido que era más de sorpresa que de dolor, cayó sentado, y su mirada alucinada pareció buscar en el aire lleno de negro humo una respuesta a lo que le sucedía y él no entendía.

Pero de pronto, lo comprendió: desde alguna parte, alguien le estaba disparando con una pistola con silenciador.

Lanzó una maldición, se puso en pie sujetándose el pequeño boquete de la herida con la mano izquierda, y con la derecha recuperó el rifle, tras localizarlo caído a poca distancia. En el momento en que se incorporaba, oyó junto a su oreja derecha el seco trallazo de otra bala perforando el aire, quemándolo, combustionándolo sonoramente. Volvió a gritar, dio la vuelta, y echó a correr hacia donde había dejado su coche, el Fiat Fragata. ¡Al demonio los negros del Mercedes, claro que los dos estaban muertos y bien muertos…!

Todavía estaba a unos quince metros del Fiat, cuando sintió que se le ponían los pelos de punta al ver las dos ruedas del lado derecho, con la llanta casi a nivel del suelo: los neumáticos estaban pinchados o reventados. Ni siquiera se detuvo para ver qué había ocurrido realmente: sabía que no podría utilizar el Fiat para escapar de allí, así que sólo le quedaba el recurso de correr, alejarse, buscar un escondrijo que le protegiera de sus desconocidos agresores…

El balazo en la pierna derecha le pareció la simple picadura de un mosquito, pero de pronto se encontró de rodillas en el suelo. Por detrás de él, seguía rugiendo el incendio del coche Mercedes, que de pronto estalló al combustionar por fin el hermético depósito de la gasolina. Con un esfuerzo, el hombre se puso en pie, y continuó corriendo, alejándose de aquel infierno que él había creado y en el que alguien se había empeñado en que se quedara acribillado a balazos.

Pero no les iba a ser fácil alcanzarle a él, desde luego…

De pronto, sintió que se le ponían los pelos de punta, al darse cuenta de que había dejado el rifle atrás. Y la pistola la tenía en la guantera del coche. Comenzó a maldecir rabiosamente en italiano, pero siempre sin dejar de correr, convencido de que tras él corría a su vez alguien dispuesto a eliminarlo. Tenía pruebas sobradas de las intenciones de sus invisibles enemigos. La herida de la pierna le dolía, pero la del vientre era peor, pues comenzaba a producirle como breves calambres extraños que parecían rasgar sus entrañas.

No supo cuánto rato corrió por entre los pinos. Ni supo cuándo había perdido el conocimiento. Simplemente, de repente abrió los ojos, y se encontró tendido de bruces en el suelo. Alrededor suyo todo era silencio. Es decir, llegaba un rumor de circulación automovilística, pero ni siquiera podía situarla. Claro, estaba cerca de la carretera principal, pero no sabía dónde exactamente.

De pronto, oyó el motor de un coche acercándose. Alzó cuanto pudo la cabeza, y, por entre los pinos, vio aparecer el pequeño coche deportivo de color crema, que se detuvo, bastante cerca de donde se hallaba él. Sobresaltado, bajó la cabeza, y permaneció inmóvil, convencido de que allá llegaban las personas que le habían disparado, y que estaban buscándole.

Para convencerse de ello, alzó la cabeza, despacio. Vio a la hermosa muchacha rubia apeándose del coche, y alejarse de éste, precisamente en dirección a donde él se hallaba. La muchacha miraba a todos lados, con cierta prevención… No parecía que estuviera buscando a nadie. Más bien parecía temer que hubiera por allí cerca alguien que pudiera verla. Pareció convencerse de que no era así, y, tras llegar a unos seis o siete metros del herido, y por supuesto sin haber reparado en la presencia de éste tendido en el suelo, la muchacha rubia y preciosa hizo algo que dejó estupefacto al asesino herido: se subió la falda, se bajó la braguita, se acuclilló, y procedió a orinar.

El herido no salía de su pasmo.

La muchacha terminó de orinar, se irguió, se puso bien la braguita, y en el momento en que se disponía a dejar caer la falda divisó a pocos metros de ella, mirándola alucinado, al hombre tendido en el suelo. La muchacha dejó caer la falda, en su rostro apareció un gesto de rabia, y exclamó:

—*Porco!*

Dio la vuelta y emprendió el regreso hacia su coche, airosamente, moviendo mucho las caderas. Era un bombón, una belleza, una *ragazza* fuera de serie…

—*Prego* —jadeó el herido—… *Prego, signorina*!

Ésta se volvió, miró enfadada al hombre, y entonces se dio cuenta de que él tendía una mano hacia ella, y que esa mano estaba manchada de sangre.

Hubo como un sobresalto, y enseguida una expresión de titubeo en las facciones de la rubia y encantadora muchacha. Luego, aunque no muy convencida, se acercó al herido, que la miraba anhelante, crispadas las facciones.

La muchacha se detuvo a unos cinco o seis pasos del herido, al que seguía contemplando con desconfianza, pero al mismo tiempo con cierta expresión de matices compasivos.

—Por favor —insistió el herido—… No debe temer nada de mí, no le causaré mal, ni molestias… ¡Ayúdeme, por favor!

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Me han herido… Necesito ayuda.

Ella todavía miraba alrededor con un resto de desconfianza.

—No sé —titubeó—… ¡No quiero meterme en líos! Oh, por Dios, está bien, no voy a dejarlo a usted así…

Se acercó al herido y se inclinó sobre él para ayudarlo a ponerse en pie al captar el gesto del hombre.

El asesino se abrazó a la cintura de la muchacha, suspiró fuertemente, y señaló con la barbilla hacia el pequeño deportivo.

—Ayúdeme a llegar al coche… ¡Tenemos que alejarnos de aquí lo más rápidamente posible!

La muchacha rubia asintió, y ayudó al herido a caminar. Llegaron junto al coche, y ella le acomodó en el asiento contiguo al volante. Pasó ante éste, dio el encendido, y volvió la cabeza hacia su invitado, abriendo la boca para hacer la pregunta.

Se quedó con la boca abierta, mirando entre sorprendida e irritada al sujeto, que, simplemente, había perdido el conocimiento. De repente, la expresión de la rubia cambió, se transformó en una sonrisa dura e irónica.

—No es de extrañar —dijo en voz alta—, pues los tipejos como tú tienen poco aguante. Pero sea como sea, amiguito, tú formas parte del juego, y vas a jugar conmigo… Mejor dicho: yo voy a

jugar contigo.

Arrancó.

Ciertamente, lo había planeado todo muy bien desde el mismo instante en que vio al sujeto asesino: le reventó las ruedas del coche a balazos, le hirió para luego simular que lo encontraba y le ayudaba a regresar a su punto de partida, es decir, al cubil de procedencia, y, una vez allá, se las habría arreglado para relacionarse con aquella gente y saber algo del asunto…

Esto no iba a poder ser así.

Pero ella tenía al asesino de dos negros que habían visitado la villa de Rimini, y, ciertamente, puesto que todos formaban parte del juego, sólo había que continuar la partida.

El hombre abrió los ojos, miró alrededor, y en uno de los giros divisó el rostro de la rubia. Hubo en los ojos del asesino un lento parpadeo de reconocimiento. Acto seguido, preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Acabamos de llegar a mi casa… Bueno, no es mi casa, realmente, sino un chalé que he alquilado para pasar unas vacaciones en Rimini. Le iba a llevar allá, pero mi chalé está muy cerca de donde lo encontré, y he pensado que es mejor que no pierda más sangre, así que le pondré en la cama y avisaré para que envíen un médico…

El hombre, que estaba mirando alrededor el agradable y tranquilo paisaje, volvió vivamente la cabeza hacia la rubia.

—¿Está usted sola en el chalé? —murmuró.

—Sí. Es mi centro de operaciones.

—¿Qué operaciones?

—Bueno —rió ella—… Digamos que me gusta tener un sitio tranquilo donde invitar amigos simpáticos.

El asesino asintió. Volvió a mirar alrededor. Algunos pinos, una casa más bien pequeña, pero de aspecto acogedor. No parecía que hubiese vecinos en las inmediaciones más próximas.

Estaba anocheciendo.

—¿Tiene teléfono? —susurró.

—Claro. ¿Qué haría sin teléfono una chica como yo? Escuche, usted está mal, necesita…

—No se preocupe, yo me encargaré de eso. Vayamos a la casa.

—Me parece que me estoy complicando la vida —gruñó ella.

—Tal vez un poco —asintió el herido—, pero a veces vale la pena.

Ella le miró como valorándolo, con cierto escepticismo. Luego, le ayudó a salir del coche y a llegar a la casa. Entraron en ésta, y la rubia encendió la luz. Había un pequeño recibidor, un pasillo, y a la izquierda de éste una puerta que comunicaba con la sala de estar. La rubia parecía dispuesta a seguir pasillo adelante, pero el asesino se detuvo, y movió la cabeza hacia la sala de estar.

—¿Está ahí el teléfono? —inquirió.

—Sí. Pero usted necesita…

—Ya le ha dicho que no se preocupe por lo que yo necesite… Vamos al teléfono.

—Se va usted a desmayar —advirtió la rubia.

El hombre estaba lívido, y gruesas gotas de sudor se deslizaban por su rostro, pero estaba aguantando bien. Las balas de la pistola de Baby eran casi diminutas, pero un balazo en el estómago es siempre un balazo.

Entraron en la sala, la rubia encendió la luz, y fue a depositar al herido en uno de los sillones. Cerca de éste había una mesita de centro, sobre la cual estaba el teléfono. El herido lo señaló, en silencio, y ella preguntó:

—¿Quiere que le marque el número, o que sea yo quien hable con…?

—No. Vaya a quitar el coche de delante de la puerta.

—Comprendo —frunció ella el ceño.

Salió de la sala, y llegó rápidamente al recibidor, donde estaba el pequeño dispositivo de conexión del teléfono. Se acuclilló delante, y tiró suavemente de uno de los hilos. En el momento en que se erguía, oyó dentro de la sala el inconfundible chasquido de un auricular de teléfono al ser descolgado. Sonriendo irónicamente, la rubia salió del chalé, y dedicó un par de minutos a poner el coche a un lado, y asegurarse de que nadie les había seguido. Entonces, recurrió a la radio de bolsillo.

—¿Sí? —Se oyó la exclamación de Simón.

—Tranquilícese, todo va bien —dijo ella—… Tengo a un asesino invitado en mi chalé.

Explicó lo ocurrido. Cuando terminó, Simón dijo resueltamente:

—Voy a enviar unos muchachos ahí para que se hagan cargo de

ese tipo.

—Nada de eso. Quiero manejarlo a mi manera.

—Escuche, ese sujeto es un asesino, ¿no?

—No tiene nada que enseñarme a mí en cuestiones de matar —murmuró la rubia—. Tenga por cierto que sé manejar a esta clase de sujetos, Simón. Ustedes ocúpense de esos negros asesinados: quiénes son, qué hacían por aquí, qué posible conexión les podemos atribuir con respecto a los ocupantes de la villa o de esa empresa llamada «Paradiso»… Todo eso. Y no pierdan de vista la villa. Yo le iré llamando cada hora, de modo que a ser posible no se aleje del radio de acción de nuestras radios. Si lo hace, deje un enlace. ¿Entendido?

—Está bien.

—No me llame usted, a menos que sea alguna emergencia, o que alguno de nuestros colegas aporte de pronto algún nuevo dato interesante.

—De acuerdo. ¿Qué hago si me preguntan por usted?

—Caramba, dígales la verdad, naturalmente. Estamos jugando limpio, ¿no es así?

—Francamente, no me apostaría la cabeza —gruñó Simón-Roma.

—Yo tampoco —rió Baby—, pero creo que sí que estamos jugando limpio todos nosotros. De todos modos, si bien debe decirles lo que está ocurriendo, no les diga dónde está el chalé. Eso es todo.

Cortó la comunicación, y se quedó mirando la radio. Luego, miró el maletín, y, por último, despegó de su muslo izquierdo la pistola de cachas de madreperla, sujeta allí por la clásica tira de esparadrapo color carne. Tras reflexionar unos segundos, metió el maletín debajo de un asiento, y se las arregló para dejar la pistola enganchada con el esparadrapo en la parte inferior del asiento del conductor, de modo que era tan imposible ver el arma como el maletín. Se colocó la pequeña radio dentro de la braguita, salió del coche, lo cerró, y regresó a la casa.

Cuando apareció en la sala de estar, el asesino herido estaba completamente empapado en sudor, tenía la mirada turbia, y parecía a punto de desmayarse.

La hermosa y complaciente rubia se inclinó solícita sobre él.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió.

—Maldita sea…, el teléfono… no funciona…

Ella le miró incrédula, y procedió a descolgar el auricular, llevándolo a una de sus lindas orejitas. Estuvo escuchando unos segundos antes de fruncir el ceño y refunfuñar:

—Es verdad… ¡Pues vaya broma! —Colgó el auricular—. Lo mejor será que me acerque a Rimini con el coche en busca de…

—No… No me deje solo ahora… ¡No me deje solo!

—Si me quedo con usted le seré menos útil que si voy en busca de ayuda. ¿Y qué pasa si se muere usted aquí? A mí no me gustan las complicaciones, yo he venido a Rimini a pasarlo bien y ganar un dinero, no a meterme en líos con la Policía ni nada parecido… ¡Debí dejarlo donde lo encontré!

—Yo… le daré dinero —jadeo el herido—… Le daré mucho dinero…

—Ya. ¿Cuánto es mucho dinero, para usted?

—Le daré… diez mil dólares… si me ayuda…

—Diez mil dólares —dijo la rubia, sarcástica—… Claro. Mire, amigo, diez mil dólares no los gano yo ni en todo un mes de trabajar, ¿sabe? Cada vez me gusta menos este asunto. ¡Está visto que soy especialista en meterme en líos, tonta de mí! Sepa que…

El herido se había desmayado.

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra, señor Gentile?

El herido consiguió controlar la mirada y posarla en el rostro de la rubia, que ocupaba la mayor parta de su campo visual.

—No sé —susurró—… No sé.

—Seguro que se encuentra mejor —rió la rubia, mostrándole algo en una mano—… Le he sacado dos balas del cuerpo, ¿sabe? La de la pierna ha sido fácil, pero en el estómago he tenido que hurgar un poco con mis pinzas. Pero mire, le voy a ser sincera: deberíamos hacer algo para que las heridas no se infecten, porque…

El herido se había vuelto a desmayar.

—Amiguito —dijo la rubia—, me parece que lo estás pasando mal, pero no te mereces nada mejor.

Miró su relojito de pulsera. Eran más de las once de la noche, así que tenía por delante muchas horas para ir manipulando al herido. No tenía la menor intención de apretarle demasiado las clavijas, a menos que ocurriese en la villa algo que fuese más decisivo o

revelador. Mientras no fuese así, seguiría con el herido, a ver si conseguía obtener de él algo, sin forzarlo.

Estuvo unos segundos mirándolo especulativamente, tendido en la cama donde lo había llevado en brazos, con una facilidad que habría sorprendido no poco al asesino profesional. Por fin, salió del dormitorio, y fue a la cocina, donde se preparó un par de bocadillos. Por supuesto, en el frigorífico había champán; abrió una botella, bebió una copa lenta y placenteramente, y comenzó a cenar. Bocadillos de salchichón con champán. No era precisamente un refinamiento.

A las doce y un minuto llamó a Simón-Roma.

—Noticias interesantes —dijo enseguida el jefe de la CIA en Italia—: una de ellas es que tengo ya a Giulio Sotoleone trabajando con nosotros. La otra noticia la he conseguido precisamente gracias a la inestimable ayuda de Sotoleone: adivine a quién ha matado su «invitado».

—A dos negros. No he de adivinarlo: lo presencié.

—Sí, pero… ¿sabe quiénes eran?

—Me da la impresión de que eran un personaje importante y su chófer, a juzgar por la actitud de usted. Vamos, Simón, déjese de acertijos. ¿Quiénes eran?

—El general Aliko Unga y su chófer, por llamarlo de alguna manera; era también su guardaespaldas mejor preparado.

—¿El general Aliko Unga? ¿Se refiere usted al jefe del Estado Mayor del Ejército de Costa de Marfil?

—Exactamente. Tengo todavía otra noticia para usted: ¿le suena el nombre de Ferenc Slozac?

—Mmm… No.

—Es un sujeto que estuvo de vacaciones en Capri más o menos por las fechas en que nuestro colega Waldo Crane se dedicaba a disfrutar de la vida yendo de Nápoles a Capri y viceversa, y no adivina usted a qué se dedica el señor Slozac.

—¿Es fabricante de armas?

—Ajá. Bueno, es solamente el director de una importante fábrica de armamento convencional en Checoslovaquia.

—De modo que ya tenemos dos comerciantes en armas: Ludwig Krapps y el tal Ferenc Slozac… ¿Ha comunicado esto último a nuestros colegas?

—Todavía no. He preferido que antes lo supiera usted.

—De acuerdo, pero pase la información cuanto antes a los demás… Esto podría simplificar las cosas. Tengo el pálpito de que si los rusos, los franceses y los británicos reciben esta información encaminarán mejor sus pesquisas. Y no me extrañaría que, entonces, encontrasen pronto alguna pista que les hiciera comprender que sus colegas asesinados estuvieron en relación con otros fabricantes de armas, ya sean éstos de Francia, de Rusia, de Estados Unidos o de la mismísima China.

—Es decir, que ese tal Santos Sanpedro, el boliviano, está negociando con fabricantes de armas por un lado, y por el otro recibe visitas de personajes con el general Aliko Unga. ¿Qué conclusiones obtiene usted de esto?

—Se diría que el señor Sanpedro es un intermediario en venta de armas, ciertamente, pero… ¿a qué grupo del juego pertenece mi asesino invitado? Y otra cosa, Simón: sería conveniente que entre nosotros y nuestros colegas nos enterásemos respecto a qué está sucediendo en Checoslovaquia con la fábrica de armas que dirige el tal Ferenc Slozac.

Hubo unos segundos de silencio; por fin Simón-Roma murmuró:

—¿Quiere decir que quizá nos enteraríamos de que esa fábrica de armas de Checoslovaquia está siendo… desmantelada, como la Krapps?

—¿Le parece un disparate?

—No. Pero, santo Dios, eso podría significar que el boliviano Sanpedro no está propiamente comprando armas, sino fábricas de armas.

—Es una idea a considerar; la pregunta entonces, sería: ¿dónde van a ser reinstaladas esas fábricas de armas que habrían sido desmanteladas en Alemania Oriental, en Checoslovaquia… y quién sabe en cuántos sitios más?

—¿En Costa de Marfil? —Casi gritó Simón.

—¿Por qué no?

—Pe-pero eso… ¡eso sería una operación de envergadura colosal! ¡Y no puede tratarse de una operación sin propósitos definidos! Por mi madre, usted… ¡usted es maquiavélica, Baby!

—Pero podría estar equivocada —susurró Baby—. Ustedes sigan por ese lado, pero, Simón, cada vez con mayor discreción. Y

dígaselo así a nuestros colegas.

—¡Se van a caer de culo cuando les explique las sospechas de usted! ¡Comprar fábricas enteras de armamento…! ¡Tengo ganas de conocer a ese Santos Sanpedro!

—Todo llegará. Mientras tanto, yo voy a ver si manejando adecuadamente a mi invitado consigo saber quiénes están en el otro lado del negocio.

—¿Qué otro lado? ¿A quiénes se refiere?

—A quienes han ordenado el asesinato del general Aliko Unga, claro está. Porque la cosa está clara, ¿no?: Aliko Unga visita a Sanpedro, y al salir de la villa camino del aeródromo es asesinado, ¿no sugiere esto la existencia de un bando opuesto al general Unga y por tanto opuesto también al boliviano?

De nuevo guardó Simón unos segundos de silencio. Por fin, murmuró:

—Bueno, al menos no nos estamos metiendo en esa porquería de las drogas, según parece. Espero sus llamadas. ¡Y tenga cuidado con ese asesino!

—Es él quien debe tener cuidado conmigo —replicó Baby.

Y cortó la comunicación.

Capítulo IV

—Si quiere llamar, puede hacerlo ahora —dijo la rubia—… El teléfono ya funciona.

El herido, que estaba en la cama y hacía apenas medio minuto que se había despertado, se quedó mirándola fijamente.

—Recuerdo que usted me llamó señor Gentile —susurró—… ¿Cómo supo mí nombre?

—Bueno —sonrió ella—, ya sabe que las mujeres somos muy curiosas… Quise saber quién era usted, y revisé su billetera. No se enfade. Además, ya ha podido comprobar que siento simpatía por usted.

—¿Y por mis diez mil dólares?

—De todo un poco —rió ella—. Yo me llamo Silvia. Silvia Delmare.

Sergio Gentile asintió. Ya era de día, posiblemente las nueve de la mañana. La rubia estaba guapísima. Bien, no es que «estuviera» guapísima, sino que «era» guapísima. Que una cosa es ser y otra cosa es estar. El día era hermoso, lucía un sol deslumbrante en la ventana. Se olía a pinos.

—De acuerdo —murmuró por fin Gentile—. Ayúdeme a llegar al teléfono.

Ella le ayudó a salir de la cama, y a caminar hacia la sala de estar. Gentile comprobó que tenía vendado el torso, y también la pierna. No cabía duda de que diez mil dólares pueden despertar muchas simpatías. En cuanto a Silvia Delmare, ya no podía tener más claro a qué se dedicaba: era una simpática, bellísima y elegante prostituta independiente que vivía la vida lo mejor que podía. Inteligente muchacha.

Pero demasiado curiosa.

Y esto molestaba mucho a Sergio Gentile.

Por tanto, justo cuando Silvia terminaba de ayudarle a sentarse

en el sillón cercano al teléfono, y se erguía frente a él, Gentile miró la barbilla hendida por el encantador hoyuelo vertical, y, reuniendo todas sus fuerzas en el puño derecho, lo disparó contra aquel objetivo. Una brevísima fracción de segundo antes de que su puño impactase en la barbilla de Silvia Delmare, Gentile vio los ojos de la rubia mirándole vivamente, y tuvo la impresión extraña y alucinante de que algo iba a salirle mal.

Pero no. Sucedió lo que era lógico: al recibir el puñetazo en la barbilla Silvia Delmare emitió un gemido ahogado, puso los ojos en blanco, y se desplomó hacia atrás, sin sentido. Gentile la estuvo mirando unos segundos.

Luego, se deslizó del asiento, hasta quedar sentado en el suelo junto a Silvia, a la que registró, aprovechando para manosear sus bellas formas, incluso introduciendo una mano por el escote y sobando placenteramente sus pechos. Pese a su estado realmente precario, Sergio Gentile entró en erección. Chocante. La naturaleza tiene cosas verdaderamente comprometedoras.

No encontró nada interesante en el cuerpo de Silvia…, aparte del propio cuerpo, claro está. Acto seguido procedió a atar sus manos a la espalda con el cinturón, y luego ató sus tobillos con tiras de tela que rasgó de la falda de la propia Silvia.

Luego, llamó por teléfono.

Posiblemente se le habrían puesto los pelos de punta si hubiera sabido que la señorita Delmare ni mucho menos estaba sin sentido, pues necesitaba más que un golpe de un hombre herido para ello. Y aún se habría sentido más inquieto si hubiera sabido que cada vez que giraba el disco telefónico era como si la señorita Delmare viese con sus propios ojos cuál era el número que él marcaba.

En el silencio de la sala se oía ahora el repiqueteo del teléfono al otro lado de la línea. Alguien atendió la llamada:

—*Prego?*

—Soy Sergio. Tenéis que venir a buscarme.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido? Toda la noche…

—No hay tiempo ahora para explicaciones. Escucha, estoy en un chalé solitario rodeado de pinos, calculo que entre la autopista y tierra adentro, cerca del lugar donde hice lo del africano. Reconoceréis el lugar porque en alguna parte cerca del chalé veréis un pequeño coche deportivo de color crema.

—¿Estás bien?

—No. Estoy herido. Daros prisa.

—No te preocupes. Salimos ahora mismo.

La comunicación terminó, Sergio Gentile colgó, y se quedó mirando a la rubia. Volvió a sentarse en el suelo junto a ella, terminó de rasgarle la falda, y acto seguido arrancó la braguita. Se quedó mirando la belleza y abundancia del rizado vello sexual. Sergio Gentile puso una mano sobre el esbelto y mórbido muslo, y comenzó acariciarlo, sonriendo…

Los amigos de Sergio Gentile tardaron casi hora y media. Gentile, que de nuevo ocupaba el sillón frente al teléfono, oyó la llegada del coche, y se acercó a mirar por la ventana, no muy firme sobre sus piernas. Tendida en el suelo, Silvia Delmare le miraba fijamente en silencio. Ya había intentado antes convencer a su «invitado» de que la desatase y le diese explicaciones, pero todo lo que había conseguido fue que él sonriese burlonamente y que, de cuando en cuando, si le venía de gusto, le manosease los pechos y los muslos descubiertos…

El propio Gentile abrió la puerta del chalé. Entraron tres hombres, uno de los cuales le ayudó inmediatamente, mientras los otros dos, exhibiendo pistolas, se disponían a adentrarse en la casa.

—No hay nadie más que la muchacha —dijo Gentile, señalando con un gesto de cabeza hacia el interior—. Ella me recogió después de que alguien me hirió después de liquidar a los negros.

Entraron todos en la sala, mientras Gentile terminaba de explicar lo sucedido. Hecho esto, uno de los sujetos asintió, y dijo:

—De acuerdo, entendido. Ahora, vámonos.

Sacó la pistola provista de silenciador y apuntó a Silvia, que respingó.

—¿Qué haces? —Exclamó Gentile—. ¡Nada de eso, la vamos a llevar con nosotros!

—¿Y eso por qué?

—Porque en cuanto esté un poco mejor, quiero tirármela. Porque sabe cómo me llamo. Porque estaba muy cerca de donde sucedió todo…

—Precisamente por eso. Los muertos no hablan.

—Pero tampoco proporcionan placer —sonrió Gentile—… Y si te fijas en Silvia es tan hermosa que incluso es posible que le guste

al Gordo como regalo. Es un desperdicio matar a una chica como ésta, coño, Néstor.

—Está bien —aceptó el otro, guardando la pistola—. A fin de cuentas, si al Gordo no le gusta el regalo siempre estaremos a tiempo de quitarla de en medio. Volvamos allá. Y nos vamos a llevar el coche de ella. Condúcelo tú, Simonetti.

Dos minutos más tarde, todavía atada de pies y manos pero confortablemente instalada en al asiento de atrás de un amplio BMW azul, la señorita Delmare partía rumbo a lo desconocido.

Poco después, su sorpresa fue verdaderamente mayúscula cuando comprendió adónde se dirigían. Todavía se resistió a admitirlo durante un par de minutos, pero finalmente no pudo tener la menor duda. Y otros pocos minutos más tarde tuvo que convencerse definitivamente cuando divisó la villa de Rimini donde estaba el cuartel general de Santos Sanpedro, el presunto comprador de fábricas de armamento. Y en efecto, desde el interior de la villa las verjas fueron abiertas electrónicamente, y los dos coches entraron en el bien vigilado lugar, circularon por un serpenteante sendero, y en un par de minutos llegaron ante la casa.

—Lleva a Sergio al gimnasio, Fritz —dijo Néstor al silencioso conductor del BMW—. El médico debe de estar esperando allí preparado para atenderle…, aunque parece que nuestra amiguita lo ha hecho bastante bien, incluso sacando las balas.

Fritz soltó un gruñido, se apeó, y ayudó al amodorrado Gentile a salir del coche.

Junto a éste llegó Simonetti, mientras Néstor retiraba de los tobillos de Silvia Delmare las ataduras que le impedían caminar.

—El Gordo debe de estar en la piscina —dijo Simonetti.

—Seguramente —asintió Néstor—. Vamos allá.

—¿No podríais soltarme las manos? —rogó Silvia Delmare—. Me está lastimando mucho ese cinturón.

Néstor estuvo mirándola fijamente unos segundos. Por fin, murmuró:

—Te voy a decir una cosa, encanto: a tu alrededor hay más de veinte hombres, aunque tú no los veas. Si yo doy una orden, te harían pedacitos antes de que llegases a parte alguna. ¿Me has comprendido?

—Creo que sí.

—Bien.

Le soltó las manos, y señaló hacia un lado de la casa, que era sencillamente encantadora. Amplia, de dos plantas, con toldos amarillos listados de blanco en ventanas y terrazas. Alrededor, pinos, castaños y hermosos setos. Flores de vivos colores. Algo así como un paraíso que… ¿Paraíso? ¡Claro!

¿Acaso la villa no había sido alquilada por la empresa de servicios psicológicos llamada «Paradiso»? Todo encajaba.

Aunque había una cosa que no parecía encajar. Evidentemente, Sergio Gentile, el asesino de los dos negros, era persona de la casa, de la villa. En ésta había estado como invitado el africano de Costa de Marfil Aliko Unga.

Entonces… ¿por qué Gentile había esperado para matar a Unga a que éste se hallase lejos de la villa, si allí podía hacerlo tranquilamente y sin complicaciones?

La respuesta le pareció simple a la señorita Delmare: porque allí, en la villa, no se podían hacer estas cosas, ya que, posiblemente, alarmarían a otras personas que, como el infortunado Aliko Unga, habían sido primeramente recibidas como invitados… Es decir, que Aliko Unga llega a la villa como invitado, realiza determinadas negociaciones, se niega a aceptarlas, y se marcha. Para entonces, ya ha sido sentenciado a muerte, y Sergio Gentile le espera por donde sabe que Unga va a pasar camino del aeródromo para tomar el avión que le conducirá a Roma y desde aquí a su país de origen, Costa de Marfil…

Apareció la piscina. Por supuesto, era espléndida, en forma de corazón, y estaba rodeada de césped y pinos, y en un lado había varios parasoles que protegían del cálido sol algunas mesas redondas y asientos pintados también de blanco y amarillo…

En las azules aguas de la piscina parecía flotar una cabeza.

—Espera aquí —dijo Néstor.

Se acercó a la piscina. La cabeza se desplazó hacia el borde junto al cual se acuclilló Néstor, el cual estuvo hablando durante unos minutos. Comenzaba a hacer calor de verdad.

Un día espléndido, sugerente de paraíso infinito. Néstor terminó su informe, se incorporó, y le hizo una seña a Silvia Delmare, que se acercó a la piscina, sin dejar de observar aquella cabeza flotante, que ahora se desplazaba hacia la escalerilla.

El hombre propietario de la cabeza comenzó a aparecer…, y la señorita Delmare comenzó a dudar del perfecto funcionamiento de sus ojos. ¿Podía ser cierto lo que estaba viendo? La cabeza, ahora que podía verla de cerca, correspondía a un ejemplar de ser humano sin la menor duda oriundo de los Andes; aunque había desaparecido el color oscuro de su piel, sus rasgos eran típicamente de indio andino, e incluso sus cabellos, lacios y negros, largos, apoyaban esta definición, igual que los ojos pequeños, negros, vivos, penetrantes, inteligentes…

El resto era otra cosa.

El resto era una monstruosidad.

El cuerpo de aquel hombre era sencillamente redondo. Pero no blando, no era esa gordura blanda, adiposa, sino sólido, macizo, fuerte como si estuviese hecho de caucho. Y no sólo esto, sino que la estatura total de aquel insólito ejemplar andino se aproximaba al metro noventa. La señorita Delmare había conocido personajes realmente curiosos a lo largo de su trayectoria de espía, pero, realmente, muy pocos como el que tenía ahora frente a ella, chorreando agua y completamente desnudo.

Por fin, la mirada de Silvia fue hacia los negros ojos del sujeto, que le sonrió afablemente.

—Al parecer, señorita Delmare, es usted una prostituta de lujo. ¿Es así, he sido bien informado?

—¿Y usted quién es? —Interrogó ella a su vez—. ¿King Kong?

—¡Desde luego que no! —Se echó a reír el sujeto—. ¡No soy tan famoso… todavía! Pero algún día lo seré, algún día el mundo habrá olvidado a King Kong, pero jamás podrá olvidar a Santos Sanpedro.

Baby controló perfectamente su sorpresa.

—¿Santos Sanpedro? Entonces… ¡usted no es italiano! Y además, con esa cara…

—¿Qué le ocurre a mi cara? —se sorprendió el gordísimo.

—Usted es suramericano, usted es andino.

—Ah —brillaron los ojos negrísimos del personaje—… ¿De modo que es usted una persona digamos… observadora y con cierta cultura? Entonces, ¿no es una puta?

—Se puede ser puta y exquisita, ¿no le parece? —sonrió Silvia.

—Puta y exquisita —reflexionó Santos Sanpedro—… Puta y exquisita. Sí. ¿Por qué no? —Volvió a reír—. ¡Ya lo creo que sí,

puta y exquisita! ¿De modo que así es como se define usted a sí misma?

—No. Yo no soy tan ruda ni tan vulgar. Yo me defino a mí misma como una chica encantadora que presta servicios muy agradables aunque un poquito caros.

Santos Sanpedro se echó a reír una vez más. Cogió por fin la toalla que le tendía Néstor y comenzó a secarse, caminando hacia uno de los parasoles y haciendo una seña a Silvia para que le acompañara. Silvia se sentó, y él terminó de secarse sin dejar de observarla con simpática atención. Era absolutamente enorme, y debía de tener una fuerza muscular superior a dos gorilas juntos. La idea de enfrentarse a aquel hombre en una lucha a muerte ponía escalofríos en la piel de la espía más peligrosa del mundo. La pregunta era: ¿estaba su inteligencia en proporción con su fuerza física, era Santos Sanpedro el… director de aquel juego en el que se movilizaban fábricas de armas?

Sanpedro ordenó a Néstor que les trajera unos refrescos y se sentó frente a Silvia. Observado atentamente, incluso era un hombre hermoso, tenía esa indefinible característica viril propia de los indios andinos.

—A mí me gustan muchísimo las chicas encantadoras —dijo Sanpedro—. En realidad, lo que más me gusta en la vida es hacer el amor, así que siempre me las arreglo para tener un buen rebaño de chicas encantadoras.

—No es usted muy delicado, ¿verdad?

—A mi manera, sí. Lo que ocurre es que usted sobrepasa un poco el promedio de edad de mis amiguitas. ¿Sabe usted?: para mí, una mujer que ya ha cumplido los veinticinco años ya es vieja. Muy vieja.

—Es decir, que yo soy una anciana, para usted.

—Así es —sonrió Sanpedro—. Y como tal, posiblemente consiga usted todos mis respetos…, si me hace la gracia de considerarme bastante más inteligente que esa pandilla de brutos que la han traído aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Señorita Delmare —dijo Sanpedro amablemente—, en el lugar donde usted recogió tan humanitariamente a Gentile ocurrieron ciertos hechos digamos… espectaculares. ¿No se enteró usted de

ello?

—¿Se refiere al incendio?

—Más o menos. ¿No se enteró?

—Bueno, claro que supe que por allí había un incendio, y hasta pensé que podía haber ocurrido un accidente, pero ¿sabe?, fuese lo que fuese no era cuenta mía, y a mí no me gusta complicarme la vida. Y si hubiera seguido acatando esta norma no estaría ahora aquí… ¡Maldita sea su estampa, debí dejar morir desangrado a ese desagradecido de Sergio Gentile!

Santos Sanpedro no reía ahora. Ni siquiera sonreía. Y sus ojos parecían talmente dos pequeños objetivos de cámara fotográfica infalible e implacable, observando a la rubia y encantadora señorita Delmare.

—¿Es usted de Roma? —preguntó de pronto.

—Sí.

—¿Dónde vive, en Roma?

—Comparto un apartamento con una compañera en Viale del Corso.

—Ah, Viale del Corso… Bonito lugar, sin duda. ¿Quién es esa amiga, y dónde vive exactamente en Viale del Corso?

—No pienso decírselo a usted.

—¿No? —Se pasmó Sanpedro—. ¿Por qué razón?

—Porque no quiero complicarle la vida a Antonella.

—Ya. Su amiga se llama Antonella, pero usted no quiere decirme nada más porque teme complicarle la vida a ella del mismo modo que se la ha complicado a sí misma. Entendido. Pero, señorita Delmare, ¿por qué cree usted que se ha complicado la vida?

—No me gustan sus amigos. ¡Van armados! Y tienen unas caras y un modo de comportarse… No me gustan.

—¿Tampoco yo le gusto?

—Más que ellos sí, pero no demasiado. Además, uno de sus amigos me dijo que hay por aquí más de veinte hombres que me harían pedacitos si yo intentaba escapar… No sé en qué lío me he metido, pero sé que no es en nada bueno… ¡Y si al menos hubiera algún dinero a ganar!

—¿Qué cosas sería usted capaz de hacer para ganar dinero? Aparte de comportarse como una chica encantadora que presta servicios muy agradables aunque un poquito caros, se entiende.

—Pues… no sé. Cosas. Haría muchas cosas. ¡El dinero me vuelve loca!

—En ese caso tal vez aceptaría hacer el amor conmigo a cambio de una cantidad… fuera de lo corriente. Ocurre que tengo a mis amiguitas de viaje, y empiezo a sentirme muy solo. ¿Cuánto me cobraría por ser encantadora conmigo?

—Usted… se está burlando de mí —murmuró Silvia Delmare—. Me consta que estoy en sus manos, que puede hacer conmigo lo que quiera, así que no veo por qué ofrece pagarme ni siquiera una lira.

—Pero usted sería más encantadora y agradable si se sintiera compensada por sus servicios, ¿no es así?

—Zambomba, sí —exclamó sonriente Silvia Delmare.

Santos Sanpedro sonrió. En aquel momento regresó Néstor portando unos refrescos en una bandeja, que depositó sobre la mesa. Santos sirvió a Silvia, y luego a sí mismo, y alzó su vaso en silencioso brindis, bebieron ambos un sorbo, y luego Santos se puso en pie.

—¿Me disculpa un momento? —solicitó.

—Claro —murmuró Silvia.

Sanpedro se alejó de la piscina conversando con Néstor, que le escuchaba muy atentamente. Se alejaron no menos de veinticinco metros antes de detenerse. Aun a esta distancia, la señorita Delmare habría podido ver sus bocas lo suficientemente bien para «leer» en sus labios lo que estaban hablando. Sin embargo, ambos se mantenían de espaldas a ella.

Por fin, terminadas las instrucciones que Sanpedro había dado a Néstor, éste se volvió un poco, pero suficiente para que Silvia pudiera por fin ver sus labios al prenunciar:

—Entonces ¿no la vamos a matar?

La señorita Delmare habría dado cualquier cosa por poder «ver» la respuesta del andino, pero éste permaneció de espaldas. Sin embargo, era fácil deducir la respuesta de Sanpedro por el comentario de Néstor:

—Sí, es hermosa y seguramente inteligente, pero nunca hemos necesitado mujeres inteligentes para nuestros negocios. De todos modos, si usted cree que le será útil y agradable, no hay más que hablar. Me ocuparé de todo.

Santos Sanpedro regresó junto a la piscina, y se sentó ante

Silvia. Bebió el resto del refresco, y sonrió a la expectante rubia.

—¿Tienes algún compromiso en la vida, te espera alguien especial, has de volver a Roma en determinada fecha…? —preguntó.

—No.

—Las jovencitas con las que suelo… divertirme son muy gratificantes, pero en un solo aspecto, ya me comprendes. Aparte del sexo, no sirven para nada… Se me ha ocurrido que tú podrías hacerme compañía con algo más que el simple sexo. Eres inteligente y de mente vivaz. Me gustas.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Simplemente, comportarte como una… secretaria complaciente pero que no basa todos sus encantos en sus habilidades en la cama. Por ejemplo, a mí me gusta conversar. ¿De qué sabes tú conversar?

—Bueno…, puedo conversar de varias cosas… Música, deportes, arte, sociología…

—Sociología —se pasmó Santos Sanpedro—… ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir —rió Silvia— que tengo mucha psicología, y que sé conocer a las personas prácticamente al primer vistazo. Por ejemplo, tu amigo Néstor no me cae demasiado bien.

—¿Y yo?

—No sé… Más bien sí, pero tienes… algo verdaderamente enigmático que me atrae.

Los perforantes ojos negrísimos de Sanpedro permanecieron fijos en los de Silvia Delmare largamente. Por fin, el andino se puso en pie, y tendió una enorme mano a su prisionera-invitada.

—Ven —dijo suavemente—: te voy a enseñar el Paraíso.

Capítulo V

Silvia se puso en pie, tras un breve parpadeo que expresó apenas su sorpresa e interés por las palabras de Sanpedro. Se tomó de la mano de éste, y ambos caminaron alejándose de la piscina hacia el bosquecillo de pinos. Nada más llegar a éste, Silvia divisó un par de hombres discretamente ubicados en lugares recónditos. Ambos portaban una simple bandolera de la que pendía una funda con una pistola. Al pasar cerca de uno de ellos pudo ver que era una terrorífica Magnum. El hombre, sin duda uno de los veinte que había mencionado Néstor, no era suramericano; parecía más bien del norte de Europa, posiblemente escandinavo, y miró a Silvia como si ésta fuese un objeto carente de importancia.

—¿No preguntas qué es eso del Paraíso? —indagó Sanpedro.

—Has dicho que vas a enseñármelo, así que sólo tengo que esperar.

Él asintió, con gesto aprobativo. Cruzaron una breve extensión de bosque, y al poco apareció una corriente de agua… No. No era una corriente, sino como un lago. Tampoco. Más bien parecía… una playa. Una playa diminuta, extraña, en la que había vegetación tropical y árboles de reducido tamaño. Era como estar contemplando un juguete.

—Ya que estamos en el Paraíso —susurró Sanpedro—, tú también tendrías que ir desnuda.

Silvia asintió, y se desnudó completamente. Santos Sanpedro mostró en sus ojos la admiración que la belleza de aquella escultura viviente le inspiraba. Le pasó las manos por los hombros, los pechos, el vientre, las caderas…

El enorme personaje estaba en plena erección, mostrando su descomunal tamaño. Parecía que iba a poseer allí mismo a Silvia, pero de pronto dejó de manosearla y pasarle la lengua por la dorada piel, y señaló hacía delante.

—Éste será mi Paraíso —susurró—… Un Paraíso de un millón de kilómetros cuadrados, es decir, un territorio como podría ser si sumásemos las extensiones de Alemania Occidental, Bélgica, Francia, Holanda, Luxemburgo, Suiza y Checoslovaquia. ¿Cómo estás de Geografía?

—Bastante bien —murmuró Silvia.

—Entonces, dime qué ves. Naturalmente, podemos caminar por el Paraíso. Elige tú el rumbo.

La señorita Delmare se introdujo en aquel pequeño mar. De repente, cayó en la cuenta de lo que era aquello. Es decir, no propiamente un juguete pero sí algo parecido: era una maqueta. Una maqueta enorme de un territorio que en la realidad tenía un millón de kilómetros cuadrados. ¿Se proponía Santos Sanpedro convertirse en el rey o el amo de los países europeos mencionados? Claro que no. Él sabía que esto era imposible, que Europa era intocable. ¿En qué continente se podía conseguir un paraíso de un millón de kilómetros cuadrados?

Entonces, la señorita Delmare recordó a Aliko Unga, el general de Costa de Marfil asesinado por Sergio Gentile. Costa de Marfil.

La maqueta era enorme. Y encantadora y perfecta. Tan perfecta que, a medida que iba caminando por aquella playa, y veía descender los pequeños ríos, y veía las formas de la costa, y la señalización de las fronteras, la señorita Delmare se iba situando. Era como ver el continente africano desde un avión, o, mejor todavía, desde un satélite. Cuando vio la extensión de agua de forma estrellada y con un caudal superior a la de los ríos allí representados, comprendió que se trataba del Lago Volta, y ya no tuvo más dudas, se hallaba «viajando» por la parte central occidental del continente africano.

—Estamos en África —dijo mirando a Sanpedro—… En estos momentos, concretamente frente a las costas de Ghana.

—Admirable —se sorprendió sinceramente Santos—… Así es, en efecto.

—Pero Ghana no tiene un millón de kilómetros cuadrados de extensión.

—No. Pero se trata de reunir varios países en uno hasta conseguir esa extensión de territorio. Los más apropiados son Alto Volta, Costa de Marfil, Togo y Liberia. Total exacto: un millón doce

mil ochocientos veintidós kilómetros cuadrados.

—Pero no son tuyos.

—Todavía no —sonrió Santos Sanpedro, como inmerso de pronto en un sueño—… Pero imagínatelo: un millón de kilómetros cuadrados donde mi palabra será la Ley de la Vida, donde yo elegiré quién habrá de vivir y quién habrá de morir, donde podré vivir como Dios en el mismísimo Cielo, es decir, en un Paraíso espléndido de mi exclusiva propiedad. Cariño: yo voy a crear un lugar en este mundo donde todo será hermoso y placentero. Observa esta parte de África: lo único que necesita es estar bajo la dirección adecuada para que todo sea fértil y rico.

—Seguramente es así. Y seguramente, tú eres el hombre adecuado para ostentar esa dirección adecuada. Pero, insisto: esos países no son tuyos, y, francamente, me gustaría saber cómo esperas conseguir que lo sean.

—Si te quedas conmigo irás sabiendo cosas a cuál más sorprendente… y admirable, pero quizá no te interese.

—Francamente —sonrió Silvia—, no se me ocurre ningún otro sitio mejor para establecerme que el Paraíso.

—Eres una chica inteligente —susurró Sanpedro.

Se acercó a ella, la abrazó, y la besó en los hombros y en el cuello. Luego, la tendió sobre la mullida hierba que en la realidad correspondía a alguna sabana africana, se colocó sobre ella, y la penetró poderosamente.

Los automóviles habían comenzado a llegar poco después de las dos de la tarde, es decir, cuando ya hacía rato que Santos Sanpedro, tras satisfacerse repetidamente en el espléndido cuerpo de Silvia Delmare, había regresado a la casa, dejándola a ella, a petición propia, nadando plácidamente en aquellas playas de ensueño conseguidas en la gigantesca maqueta.

Pero, al oír la llegada de los automóviles gracias a la privilegiada finura de su oído, la señorita Delmare se había interesado por ello, y había caminado por el bosque, ya vestida, acercándose a terreno descubierto. No menos de tres hombres portadores de pistolas Magnum la vieron pasar, contemplándola inexpresivamente con sus ojos que parecían de cristal. Ninguno le dijo nada, talmente parecía que ella no estuviera allí…, o que tenían órdenes muy concretas respecto a que la invitada de Santos

Sanpedro no debía ser molestada en modo alguno.

En la explanada vio media docena de automóviles. En aquel momento, llegaba otro más, y Silvia se quedó mirándolo. Estaba bastante alejada de la casa, pero su vista era excelente, y, además, no hacía falta tanto para percatarse de que los personajes que se apearon de aquel automóvil eran de raza negra. Distinguió el corpachón de Néstor acudiendo a su encuentro, para guiarlos acto seguido hacia la casa.

La situación preocupaba grandemente a Baby. Evidentemente, la CIA y los otros servicios de espionaje que formaban parte de la alianza para atender aquel asunto, tenían controlada la villa, de modo que sabían perfectamente que estaban llegando numerosos visitantes. Si en determinado memento decidían invadir la villa podían complicarlo todo muchísimo. Ciertamente, acabarían por hacerse dueños de la situación, pero no sin antes complicarlo todo muchísimo. En cambio, si ella conseguía comunicarse con Simón-Roma y decirle que esperasen todos sin intervenir, quizá lograse saber lo suficiente del asunto para que el desenlace fuese sencillo y con los mínimos riesgos.

Antes de arreglar el teléfono de su chalé y acudir a decirle a Gentile que ya funcionaba, había escondido también la radio de bolsillo debajo del asiento del conductor de su pequeño coche deportivo. El coche tenía que estar por allí cerca. Si conseguía llegar a él y utilizar la radio, daría las instrucciones suficientes para que todos esperasen y se acomodasen a la situación mientras ella trabajaba dentro de la villa.

Con esta idea en la mente, la señorita Delmare salió a la explanada, y se encaminó hacia la parte de atrás de la villa, donde al parecer estacionaban los coches y había un garaje.

No había tal garaje. Es decir, había un edificio de una sola planta, pintado de blanco, con amplios ventanales, pero no parecía un garaje. De pronto, Silvia recordó que a Sergio Gentile lo habían llevado al gimnasio para que lo atendiera el médico que lo estaba esperando. Sin duda, aquel edificio era el gimnasio. Comenzó a caminar hacia él con toda naturalidad. Sabía que mientras estuviera al aire libre varios pares de ojos la estarían observando. Y ni siquiera se hacía ilusiones de escapar a la vigilancia cuando estuviera bajo techado.

Llegó al edificio y entró en él por una puerta lateral. Había una estancia reducida, un pasillo a continuación, y una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Abrió la de la izquierda, y vio entonces varios coches dentro del garaje habilitado en aquella mitad del edificio. Allí estaba su deportivo… Sólo tenía que acercarse a él, sentarse ante el volante, coger disimuladamente la radio que había escondido junto a su pistola…

No.

Nada de eso.

Ni siquiera entró en el garaje. Regresó al pasillo, y abrió la otra puerta. Ante ella apareció el gimnasio. Un gimnasio amplio, bien iluminado. A la izquierda había un reducto cerrado. Se acercó a la puerta, y la abrió, pensando que podía ser una pequeña oficina… Era un dormitorio en el que había seis literas. En una de ellas yacía al parecer dormido Sergio Gentile. El silencio era total.

—¿Qué haces tú aquí? —estalló de pronto la voz de Gentile.

Lo miró. Se había incorporado un poco en la litera que ocupaba. Estaba pálido, pero evidentemente fuera de peligro. Yacía completamente desnudo, vendado el torso y la pierna. Silvia se le acercó, sonriendo amablemente.

—¿Cómo va eso? —se interesó—. Espero que el médico te haya arreglado mejor que yo.

—¿Qué buscas aquí? —insistió él.

—Nada especial. Estoy recorriendo los alrededores de mi Paraíso, para conocerlos bien.

—¿Tu paraíso? —Gruñó Gentile.

—¿Acaso no sabes que Santos Sanpedro tiene un Paraíso? Y ahora también es mío.

—Ya. De modo que le has dado gusto al Gordo, ¿eh?, y él te ha convencido de que puedes ser la reina del mundo —Gentile rió burlonamente—… Muñeca, si lo que buscas es adquirir seguridad y poder me parece que te has equivocado al complacer al Gordo.

—¿Sí? ¿A quién debería complacer, entonces?

Gentile se quedó mirándola torvamente. De pronto, alargó un brazo, y agarró a Silvia por una muñeca, atrayéndola hacia él con un fuerte tirón. Inmediatamente, con la otra mano, la asió por los cabellos, tirando de éstos con fuerza. La señorita Delmare tuvo ocasión de congratularse por no llevar peluca en esta ocasión y sí en

cambio haberse teñido los cabellos; de no haber sido así, la peluca se habría quedado en la fuerte mano de Sergio Gentile.

—Podría romperte el cuello, ¿sabes? —masculló el asesino—. Pero me voy a conformar con meterte un buen polvo. Venga, súbete encima de mí, que vas a cabalgar un poco… ¡Y ya verás qué bien lo pasamos los dos!

—Si el Gordo se entera de esto, te hará pedazos —advirtió Silvia —. Y se enterará, porque yo se lo diré… si no me sueltas ahora mismo.

—El Gordo no me asusta —graznó Gentile—. ¡Venga, monta encima mí!

—¿Quién te asusta, entonces?

—Los verdaderos amos, naturalmente, pequeña estúpida. ¿Subes o prefieres que te rompa el cuello?

Silvia Gentile se encaramó a la litera, y se colocó sentada sobre las rodillas de Gentile, que exhibía su virilidad enardecida e impaciente.

—¿Quiénes son los verdaderas amos? —indagó suavemente.

—Te lo diré si antes me haces una cosita que me gusta mucho —rió lujuriosamente Gentile—… ¡Vamos, baja tu cabecita y házmelo, encanto!

—Dime primero quiénes son los verdaderos amos, y te aseguro que te causaré tal placer que nunca lo olvidarás.

—Sí, ¿eh? Muñeca, tú sólo eres una mala puta que se las quiere dar de lista conmigo. ¿Qué te has creído? ¿Que vas a sonsacarme como a un estúpido? Puedes quitártelo de la cabeza, ya te he dicho demasiado… ¡Y ahora, hazme todo lo que te pida o te voy a…!

Insistió en tirar de los cabellos de Silvia, intentando obligarla a complacerle. Entonces, simplemente, la señorita Delmare asió con la mano izquierda el pene de Gentile, y lo retorció. Gentile lanzó un alarido, la soltó, e intentó incorporarse en actitud decididamente agresiva. La señorita Delmare cerró entonces el puño derecho, y lo dejó caer con fuerza controlada justo donde ella sabía que el asesino tenía la herida de bala.

Gentile palideció, se crispó, se quedó sin aliento y como retorcido, con los ojos casi fuera de las órbitas. De pronto, se relajó completamente y se desplomó sin sentido en la litera.

Silvia descendió de la litera, salió del dormitorio colectivo, y

acto seguido lo hizo del gimnasio, encaminándose hacia la entrada principal de la casa.

Cuando entró en ésta vio enseguida a Néstor, que, junto con otros dos hombres de los que iban armados con Magnum, conversaban y fumaban frente a una doble puerta que permanecía cerrada.

—Si buscas a Santos, está ocupado ahora —dijo enseguida Néstor.

—Quería saber si puedo ir a alguna parte a comprarme ropa, aunque lo mejor sería que fuese al chalé que alquilé, para recoger mi equipaje… Ese bruto de Gentile me rompió todo.

—Ya. Pero lo tienes fácil. Sube al piso de arriba, entra en cualquiera de los dormitorios de la parte izquierda, y en el armario encontrarás toda clase de ropa para ti.

—Está bien. He visto muchos coches ahí fuera. ¿Santos…?

—Escucha, si tienes algo que preguntar, pregúntale luego a él. Ahora, ve a por ropa, o a darte un baño en la piscina, o a pasear por ahí, pero deja de molestar. ¿Está claro?

Silvia Delmare ni siquiera se molestó en contestar. Se dirigió a la escalinata, y subió al piso superior. Entró en uno de los dormitorios, abrió al armario, y, en efecto, vio dentro ropas de mujer, al menos de dos medidas diferentes. En los otros dormitorios de la parte izquierda del pasillo también encontró ropa de mujer, de diferentes medidas. En los cuartos de baño había maquillaje, carmín, perfumes, lápices sombreadores…, toda esa clase de cosméticos para la mujer. Es decir, que en aquellas habitaciones alojaba Sanpedro a sus jovencitas que sólo servían para abastecerle de sexo.

Eligió una falda blanca y un jersey azul, y se los puso. Nada más: ni zapatos, ni ropa interior… Nada.

Salió de la última habitación visitada, y se quedó mirando las puertas del otro lado del pasillo, frente a ella. ¿Quién o quiénes se alojaban allí? Por supuesto, Santos Sanpedro, pero… ¿quién más? Para la veterana espía era evidente que los hombres al servicio de Sanpedro se alojaban parte en el gimnasio y parte en la casa, pero en la planta baja, en la zona del servicio.

Por tanto, aquellas habitaciones del piso alto eran para invitados especiales…, como por ejemplo, negros que sin duda habían llegado procedentes de Alto Volta, Ghana, Liberia y Togo, del mismo modo

que Aliko Unga había llegado procedente de Costa de Marfil.

Tras breve titubeo, Silvia Delmare cruzó el pasillo, abrió la puerta de una de las habitaciones, entró rápidamente, y cerró silenciosamente la puerta tras ella. En el acto, su mirada fue hacia los rincones del techo, y a los lugares donde pudiera estar oculta una cámara de televisión que estuviera controlando al interior de la habitación.

No parecía que en aquella habitación hubiera ningún truco de esta clase.

Sobre una banqueta vio dos maletas. Se acercó, probó los cierres de la que estaba encima, y frunció el ceño al hallarlo cerrado con llave. Lo mismo la otra. Desistió de forzar nada, de modo que abandonó esta habitación, regresó al pasillo y entró inmediatamente en otra habitación, donde también había equipaje a la vista. En esta ocasión sí encontró abiertas dos de las cinco maletas que había en total en la habitación. Alzó las tapas, y estuvo contemplando su contenido sin tocarlo, examinando la posibilidad de que hubiera alguna trampa. No parecía ser así, y finalmente, con exquisita delicadeza, procedió a remover el contenido de ambas maletas, sin encontrar nada que mereciese la pena ni que resultase revelador en algún sentido.

Abandonó esta habitación, y en una de las de las chicas se proveyó de un bonito *maillot* azul de baño, se lo puso, y al poco salía de la casa, directa a la piscina. No tenía ningún problema: si los invitados de Sanpedro se quedaban aquella noche en la villa, ella los vería a la hora de la cena. Si decidían marcharse, se llevarían tras ellos una jauría de espías que ahora estaban controlando la villa en cuyo interior se había preparado la maqueta de un paraíso.

Hacía las cinco y media de la tarde la espía internacional estaba más que saturada de baños y de tomar el sol, de modo que decidió emprender el regreso a la casa. Entró en ésta, y en el acto vio abierta la doble puerta del salón donde se habían reunido Sanpedro y sus invitados. Del interior del salón llegaba rumor de numerosas voces, tintinear de cristal, algunas risas… El humo de tabaco formaba una nube agrisada. Néstor y sus colegas seguían plantados ante la puerta, y miraban a Silvia, que se atrevió a pasar por delante para echar un vistazo. Vio no menos de veinte hombres, seis o siete

de ellos de raza negra y el resto de raza blanca; como una última imagen que pareció quedar flotando en sus pupilas, divisó a Santos Sanpedro conversando con un negro, riendo, y, justo en aquel momento, mirando hacia la puerta.

Ella continuó su camino, pero apenas había llegado al principio del pasillo que conducía a la zona de servicio, cuando oyó la voz del andino:

—¡Silvia, ven un momento, por favor!

La rubia se volvió, y se acercó sonriente a Sanpedro, que la tomó de un brazo y la introdujo en el salón, donde se hizo un completo silencio. Todas las miradas estaban fijas en Silvia, cuyo rostro permaneció sonriente…, a pesar de que identificó en el acto a cuatro de los siete negros presentes: eran personajes políticos de altos cargos en Alto Volta, Ghana, Togo y Liberia. Los otros tres no los conocía…

—Ella es Silvia Delmare —presentó Sanpedro—… Caballeros, les ruego que la consideren como si fuese yo mismo.

Uno de los sujetos de raza blanca, alto, delgado, pelirrojo y pecoso, con verdes ojos de ofidio perverso, se acercó, sin mirar apenas a Silvia, pero sí a Sanpedro.

—¿De dónde ha salido ella? No es una de tus chicas, ¿verdad?

—Es una nueva incorporación a mi Paraíso —sonrió Sanpedro—. Tranquilo, Ernst: ella está con nosotros.

La mirada de ofidio se posó por fin directamente en los ojos de Silvia.

Algo parecido a una sonrisa apareció en los delgados labios del sujeto.

—Si Santos dice esto es que así debe de ser. ¿Una copa, Silvia?

—De champán sí —rió ella.

Ernst alzó las cejas con expresión supuestamente simpática, y fue en busca de la copa de champán al pequeño bar-bufet instalado a un lado del salón.

Al regresar junto a Silvia, la encontró conversando con otros dos sujetos de raza blanca. Santos, que conversaba ahora con dos de los negros, miraba de reojo hacia Silvia y sonreía.

—Yo la vi primero —llegó diciendo Ernst, tendiendo la copa a Silvia.

—¿Qué más da, hombre, si es la secretaria privadísima de

Santos? —rió uno de los otros.

—Estos son Humberto y Jan —dijo Ernst.

—Sí, ya se han presentado ellos mismos —rió Silvia—… ¿A qué os dedicáis?

—Somos expertos en la creación de guerras —dijo Ernst.

Silvia, que se llevaba la copa a los labios, quedó inmóvil, y en su rostro apareció una simpática expresión de pasmo.

—¿Expertos en qué? —exclamó por fin.

—En la creación de guerras.

—¿Quieres decir que… inventáis guerras?

—Más o menos —rió ahora Humberto—. En realidad es muy sencillo. Por ejemplo, tú vives en un país donde te interesa que estalle una guerra: nos llamas a nosotros, y en menos de una semana te hemos puesto en marcha una guerra.

—Me parece que me estáis tomando el pelo —pareció captar de pronto la broma la señorita Delmare.

—Que no, mujer. Por ejemplo, ¿ves esos negros?: pues ellos están aquí para que les organicemos unas cuantas guerras. Y no nos preguntes para qué, cariño: las guerras se organizan siempre para que los que las organizan ganen algo, ya sea dinero, prestigio, poder, relaciones…

—¿Y qué se supone que ganarán esos negros cuando vosotros organicéis las guerras en su país?

—Ganarán lo que ahora no tienen: poder absoluto y relevancia internacional.

—¿No sería mejor que fueses a cambiarte? —Intervino Jan—. Puedes pillar un buen resfriado si permaneces aquí en traje de baño.

—Sobre todo —apoyó Ernst—, si bebes champán frío.

—El champán es para mí como un antibiótico —dijo Silvia—: me lo cura todo. De modo que no preocuparos por mi salud. ¿Qué es eso de relevancia internacional?

—Importancia, reconocimiento, fama… Esos negros que ves ahí son gente importante en su respectivo país, pero no lo suficiente. Tienen mayores ambiciones. Entonces, recurren a nosotros, les organizamos la guerra, ellos la ganan, y se colocan en el trono. O en la presidencia. O en lo que más importante sea en su país.

—¿Y cómo sabéis que ellos van a ganar la guerra?

—Porque nosotros lo tenemos todo: personal militar bien

entrenado y armas de buena calidad en cantidades interminables. En cambio, los gobiernos establecidos a los que nos enfrentamos son cuatro piojosos que no tienen ni puta idea de armas ni de guerras.

—No sé si lo entiendo bien —se hizo la tonta Silvia—, pero en cualquier caso, a mí no me parece que unos territorios en guerra sean un paraíso. Y Santos me habló de su Paraíso, precisamente en África. ¿Esos negros son de Ghana, Alto Volta, Costa de Marfil, Togo y Liberia?

—Exacto. Ya vemos que Santos te lo ha explicado muy bien... Pero aquí falta el personaje importante de Costa de Marfil, porque después de enterarse de los proyectos de Santos se negó a aceptarlos.

—Hay gente muy poco inteligente —remachó Humberto.

—Y además, desagradecida —dijo Jan—; imagínate que al personaje de Costa de Marfil al que le hicimos la oferta de colocarlo en la presidencia de su país dijo que éramos una pandilla de locos asesinos, ¡y eso después de que le ofrecimos habitar en el Paraíso! El hombre se marchó de aquí muy enfadado.

—Pero entonces —abrió aún más los ojos Silvia—... ¡ahora debe de estar explicándole a alguien esos proyectos vuestros!

—Sí: a los angelitos del cielo —rió Jan.

Se echaron a reír los tres. Santos Sanpedro se acercó, y pasó uno de sus hercúleos brazos por los hombros de Silvia.

—Has enamorado a todos nuestros invitados, cariño —dijo—, así que me parece que esta noche vas a tener mucho trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo? —exclamó Silvia.

Santos la miró como muy sorprendido, y los otros tres se echaron a reír. Dos de los negros se acercaron al grupo, sonrientes, mirando con codiciosa expresión a Silvia Delmare.

—Los señores Henri Maché y Samuel Amako —presentó Sanpedro—. No hablan muy bien el italiano, pero espero que os entenderéis a la perfección.

—O sea —se enfadó Silvia—, que me has ofrecido a ellos como si fuese... una copa de champán o un pastel.

—No seas quisquillosa. Bien, caballeros, aquí tienen ustedes a la señorita Delmare, para que departan con ella a su gusto. Vosotros, venid conmigo un momento.

Silvia quedó frente a los dos negros, que continuaban mirándola

como si fuese, en efecto, un pastel.

—Bueno, y si no hablan italiano —les preguntó la bella rubia—, ¿qué idioma hablan ustedes?

—Podemos entendernos muy bien en inglés y en francés —dijo Samuel Amako—, pero si usted no…

—Hablo el francés seguramente mejor que ustedes —aseguró Silvia, sorprendiendo a ambos gratamente—. Y antes que nada quiero que me hagan un favor: díganme si es cierto lo que me han dicho Humberto y los otros dos o me han estado tomando el pelo.

—¿Qué le han dicho?

—Que ustedes han venido aquí a que ellos les organicen unas guerras para hacerse con el poder cada uno en su respectivo país. ¿Es una broma?

Capítulo VI

Los dos negros se quedaron mirando fijamente a la señorita Delmare. De repente, uno de ellos se alejó, en dirección a donde Sanpedro conversaba en voz baja y en un aparte con Ernst, Jan y Humberto.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Silvia a Henri Maché, que permanecía como clavado al suelo ante ella.

El negro no reaccionó. Silvia miró hacia Santos y Samuel Amako. El negro le decía algo al andino, con expresión enfadada. Sanpedro le hizo gestos para que se tranquilizase, y se dirigió hacia la puerta del salón, haciéndole gestos a Silvia para que le siguiera. La estaba esperando junto a Néstor y los otros cuando ella salió. La tomó de un brazo, y la condujo al otro lado del vestíbulo, abrió una puerta, y la empujó al interior de lo que resultó ser un despacho, entrando tras ella y cerrando la puerta.

—Maldita sea —masculló el enorme andino—, ¿qué tonterías estás haciendo y diciendo?

—No entiendo que te enfades conmigo —protestó Silvia—: ¡sólo he dicho lo mismo que me han dicho a mí tus amigos, esos organizadores de guerras! ¿Qué tiene de malo seguir una broma?

—¿Broma? Cariño, no es ninguna broma. ¿Cómo demonios te crees que podríamos conseguir nuestro Paraíso si no fuese por medio de la guerra? Nosotros vamos a organizar una guerra en esos cinco países. Una guerra a nuestra medida y conveniencia, y con un desenlace… maravilloso.

—Ninguna guerra tiene desenlace maravilloso —murmuró la rubia.

—Ésta sí. —De pronto Santos se echó a reír, y señaló uno de los sillones—. Siéntate, ya que estamos en ello te lo voy a explicar, a ver qué te parece. Tu opinión y tus reacciones serán muy interesantes para mí.

—Pero… ¿estás hablando en serio…, estáis todos hablando en serio?

—Siéntate —insistió Santos.

Él caminó hacia detrás de la mesa del despacho. Parecía talmente un gigantesco hipopótamo vestido, pero había en cada gesto de su cuerpo una fuerza colosal, abrumadora. El sillón giratorio crujió cuando él depositó su enorme trasero. Sentada en un sillón, mesa de por medio, Silvia lo observaba. De pronto, ella sonrió, bebió el resto de champán que quedaba en la copa que sostenía, y depositó ésta en el brazo del sillón.

—¿A qué llamas tú un desenlace maravilloso? —inquirió.

—Pues a que finalmente todos harán las paces, se unirán, y formarán lo que se llamará los Estados Unidos de África del Oeste. Ya verás: nosotros organizamos una guerra quíntuple, y nos cargamos a todos los personajes o facciones de los diferentes ejércitos que nos molesten. Conseguido esto, colocamos en el poder de cada uno de los cinco países que te mencioné, a un gobernador que, naturalmente, serían nuestros amigos que has visto en el salón…, y otro que falta, en sustitución del de Costa de Marfil, que tuvo… un tropiezo. Cada uno de esos cinco gobernadores, por turno rotativo de dos años, iría ocupando, además, el cargo de presidente de los nuevos Estados Unidos de África del Oeste. Mientras tanto, esta federación de países se convertiría en un auténtico paraíso… para nosotros, claro. En menos de cinco años, seríamos los… regentes del país más rico y agradable del planeta Tierra. Sería no sólo un paraíso vital, sino un paraíso fiscal, de tal modo que a él irían acudiendo las mayores fortunas del mundo. Y como sin duda comprenderás fácilmente, aunque sólo sea fijándote en la actual prosperidad de Suiza, cuando las fortunas mayores del mundo se concentran en un país, este país adquiere gran confort y poder. ¿Lo has entendido?

—Me parece que sí. Pero… ¿cómo vais a poder organizar esas guerras, cómo vais a financiarlas…?

—Tenemos dinero y armas. Y personal adecuado, mercenarios de primera categoría.

—Pero… ¿tanto dinero? ¿Tantas armas?

—En realidad, viene a ser lo mismo —sonrió Sanpedro—: las armas han proporcionado el dinero y el dinero proporcionará las

armas.

—Esto sí que no lo entiendo. ¿Quieres decir que tú tienes armas y dinero?

—No. Yo soy, en realidad, la cabeza pensante, el… coordinador de la gestión, el… comandante del grupo que ha depositado en mí su plena confianza, y que posteriormente me otorgará el cargo secreto de Dirigente Auténtico Oculto de los Estados Unidos de África del Oeste. Soy el representante del grupo, el que da y dará la cara, el que manejará secretamente todo el poder mientras ellos, el grupo, salen de su crisis y se dedican a remontar sus déficits.

—¿Y qué grupo es ése?

—Uno muy poderoso compuesto por fabricantes de armas de todo el mundo. Los fabricantes de armas convencionales están en crisis, y, además, muy controlados por sus respectivos gobiernos, en general, que son los que hacen los negocios con el uso, distribución y venta de armas. De modo que esos fabricantes, ese grupo, ha decidido salirse de esa situación enojosa y cada vez más ruinosa. Así que, simplemente, todos ellos trasladarán sus industrias bélicas a los Estados Unidos de África del Oeste, es decir, un país que ellos mismos se habrán hecho a su medida, y en el que podrán fabricar todas las armas que quieran, venderlas al precio que quieran y a quienes ellos quieran…, y todo ello sin soportar presiones fiscales ni controles gubernamentales. Ganarán enormes cantidades de dinero, y además dispondrán de las mayores fortunas del mundo, que acudirán atraídos por las ventajas fiscales y los grandes réditos a sus inversiones no sólo en armamento, sino en explotaciones forestales, mineras, agropecuarias, y muchas otras. Como ves, un final maravilloso para una guerra quíntuple en la que se ha calculado que apenas morirán un millón de personas. Y además —sonrió—, en su mayoría de raza negra.

—O sea, que al ser negros es como si muriesen menos personas, vamos, una pérdida muy poco importante para la Humanidad.

—Exactamente. Y ahora…

—Espera un momento. ¿Quién tuvo tan genial idea?

—Yo —amplió su sonrisa el enorme personaje—. Al principio pensé en crear ese Paraíso en América del Sur, pero no me gustaba la idea de que muriesen tantos andinos. Además, la E. U. O. A. ocupa un territorio más compacto y mejor organizado que si

hubiéramos tenido que organizar un nuevo país siguiendo la cordillera de los Andes. Y estaremos más alejados de las garras yanquis. ¿De verdad te parece una idea genial?

—Sin duda.

—Sí, lo es. También se lo pareció a los fabricantes de armas que visité tras seleccionarlos cuidadosamente utilizando personas entendidas en la materia…

—¿Qué personas?

—Espías. Espías profesionales, que saben de estas cosas. Claro, tuve que engañar a esos espías, contándoles cuentos chinos, pero terminaron enterándose de que les había estado tomando el pelo, y que les había hecho abandonar sus servicios para utilizarlos en una acción que en nada beneficiaba a sus respectivos países, más bien, al contrario, iba a ocasionarles perjuicios… De modo que se enfadaron conmigo.

—¿Y qué hicieron cuando se enfadaron?

—Pues… Bueno, se enfadaron mucho —el enorme personaje volvió a reír—, pero no les sirvió de nada. Digamos que les hice pasar rápidamente el enfado. Por cierto, ya que estamos aquí y hablamos de ellos me acuerdo de… Espera un momento. Y permanece calladita, ¿de acuerdo?

Santos Sanpedro se puso en pie, se acercó a la pared en la parte que parecía forrada de paneles de madera, y abrió dos de éstos, dejando al descubierto una pequeña pero potente emisora que la espía internacional pudo identificar como de la más moderna fabricación. En cuestión de segundos, el andino consiguió el contacto deseado, y conversó en español con su interlocutor.

—¿Todo está bien ahí, Aurelio?

—Todo perfecto, señor.

—¿Las niñas, los invitados…? —insistió Santos. Se oyó la risa del llamado Aurelio.

—Todos están perfectamente y muy contentos, se lo aseguro. Sólo esperan que usted termine las negociaciones y se reúna con nosotros. Los invitados están un poco impacientes, ésa es la verdad, señor.

—Diles que todo va bien, y que muy pronto me reuniré con vosotros, ya he puesto en marcha todos los planes y dispositivos. ¡Tendremos nuestro paraíso muy pronto, Aurelio!

—Estoy seguro de que así será, señor. ¿Quiere hablar con alguien…?

—No, no. Déjalos que sigan divirtiéndose todos. Sólo diles que he llamado para decir que todo va bien y que pronto nos veremos. Y besos a mis niñas.

—Bueno, señor, yo diría que ellas no necesitan más besos de los que tienen, pero se lo diré —volvió a reír Aurelio.

Santos Sanpedro también rió, cortó la comunicación, ocultó la radio, y se volvió hacia el centro del despacho, todavía sonriente. Vio a Silvia mirándole absorta, y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Entonces… ¿quieres decir que tú tuviste la idea de proponer a esos fabricantes de armas que financiaran guerras, y que ellos la aceptaron?

—¿Acaso no te parece lógico? —Se sorprendió Santos—. Ellos estaban comenzando a pasar apuros de toda clase, especialmente financieros y fiscales. Entonces, llego yo, les digo que si ellos están dispuestos a financiar unas cuantas guerras puedo salvarlos y, mejor aún, enriquecerlos como nunca. ¿Qué otra cosa crees que podían o querrían hacer? La idea les encantó: de modo que, con toda lógica, mi grupo de fabricantes de armas va a financiar las guerras de los futuros Estados Unidos de África del Oeste. Y, por supuesto, ya que sus fábricas, una vez reinstaladas en los E. U. O. A., continuarán fabricando armas, ellos seguirán financiando todas las guerras que yo les vaya indicando. De otro modo, su negocio de fabricación de armas se arruinaría.

—Sí, claro. Todo muy lógico.

—De modo que te parece bien… Por eso te he consultado: la idea ha sido expuesta a personas digamos fuera de lo corriente, gente que piensa por cauces no convencionales. Me interesaba pulsar la opinión de una persona como tú, digamos… corriente.

—¿Quieres decir una tonta?

—Nadie te ha llamado tonta —rió Santos—. Bueno, volvamos con nuestros invitados. Y ya sabes que…

—Pero los fabricantes de armas no están aquí, ¿verdad?

—No. Están con mis niñas, divirtiéndose. Todos se están divirtiendo, a la espera de que yo me reúna con ellos.

—Según parece, tienes mucha afición a compartir las mujeres

con las que te relacionas.

—Para eso estáis las mujeres: para que os gocemos los hombres.

—¡Qué idea tan absolutamente maravillosa y genial!

—Me parece que eres un poco quisquillosa —rió una vez más el enorme andino, acudiendo ante Silvia y tendiéndole las manos—... Vamos, deja de complicarte la vida y reunámonos con mis amigos. Y recuerda: te pidan lo que te pidan, sé complaciente con ellos.

—¿Con los fabricantes de armas también?

—¡Con ellos más que con nadie!

—Pero si no están aquí no podré complacerlos... ¿Dónde están?

—Viajando con mis niñas.

—Sí, pero... ¿dónde? Y viajando... ¿cómo?

—Pronto lo sabrás, cuando nos reunamos con ellos. Volvamos al salón... ¿O todo esto te ha impresionado tanto que prefieres quedarte sola unos minutos para terminar de comprenderlo, asimilarlo y asumirlo?

—La verdad es que sí me gustaría reflexionar sobre todo esto unos minutos. Tienes que comprenderlo: hasta hace sólo unas horas yo era solamente una... muchacha simpática y complaciente que sólo había oído hablar de espías y guerras en las películas.

—Sí, lo comprendo. Bien, no tardes demasiado. Y no toques nada de este despacho. Si quieres algo, pídemelo, pero no toques nada sin mi permiso, ¿está esto bien entendido?

—Claro que sí.

Santos Sanpedro le hizo a Silvia un gesto obsceno que pretendía ser simpático, y la dejó sola en el despacho. Cerró la puerta de éste, y fue presuroso al vestíbulo, donde permanecía siempre atento Néstor y los otros dos sujetos bien armados.

—¿Están Fritz y Simonetti en la sala de controles? —inquirió Santos.

—Claro.

—Ven conmigo. Vamos a echarle un vistazo a esa puta del infierno... ¡Cómo sea lo que me temo le haré llorar lágrimas de sangre!

Néstor asintió, les hizo una seña a los otros dos, dando a entender que no se descuidaran, y se alejó con Santos hacia el fondo del pasillo, donde se hallaban las dependencias de servicio y para el servicio. En una de las habitaciones para el servicio se hallaba

instalada la sala de controles, atendidos éstos por dos hombres especialistas y, además, en aquellos momentos, por Fritz y Simonetti. Había pequeños monitores de televisión en circuito cerrado que recogían las imágenes de prácticamente todo al terreno que ocupaba la formidable villa, y sofisticados sistemas de alarma lumínica. En algunos monitores se veían, paseando con su Magnum en bandolera, los vigilantes exteriores. Se veía la piscina, la zona del gimnasio, la entrada de las verjas…

En uno de los monitores aparecía la imagen del despacho que acababa de abandonar Santos Sanpedro, y, sentada en un sillón, se veía claramente a Silvia Delmare.

—¿Ha hecho algo desde que yo he salido? —preguntó Santos.

—No —rechazó Simonetti—… Yo diría que, en efecto, la ha dejado muy trastornada, señor. No se ha movido. Parece que está pensando, y que le cuesta admitir todo lo que usted le ha explicado.

—A mí me parece —dijo Fritz— que le ha explicado usted demasiadas cosas.

—Nada, de eso —movió su cabezota Santos—. Tanto Humberto, Jan y Ernst siguiendo mis instrucciones, como yo mismo, le hemos dado a esa mala puta todas las explicaciones necesarias para que ella se entere muy bien de todo. Después de la conversación que ha sostenido conmigo en el despacho, ella ya no necesita saber más para haber comprendido todo y estar al corriente del asunto. Si realmente es sólo una prostituta, la mataremos en cuanto esos estúpidos negros se la hayan tirado a su gusto, y aquí no ha pasado nada. Pero si su contacto con Sergio no fue casual, si todo fue una trampa contra él siguiendo alguna pista que ella había conseguido, ella tendrá que hacer algo ahora, por ejemplo recurrir a la emisora para llamar a sus amigos. Si lo intenta, bloquearemos desde aquí la emisora e iremos a por ella, la degollaremos, y escaparemos de la villa inmediatamente, aunque sea dejando en la estacada a esos negros y a los expertos en guerras… ¡Ya encontraremos otros más adelante!

—Sí —admitió Néstor—, pero si realmente ella fuese lo que usted cree, indicaría que los servicios secretos o alguien ya andan detrás de nosotros, y eso podría inquietar a los fabricantes de armas.

—Primero, vamos a asegurarnos de una cosa u otra —gruñó

Sanpedro—: si ella es lo que temo, mala suerte y ya buscaremos soluciones para seguir adelante con lo del paraíso, después de matarla, con lo que, a fin de cuentas, no habrá podido decir nada a nadie. Y si no es lo que yo temo… ¿para qué preocuparnos? Toda esta comedia con ella la he hecho para adquirir esa certeza, ¿no? Pues estudiemos sus reacciones y asunto terminado.

Se quedaron todos silenciosos mirando a Silvia Delmare, que continuaba sentada en el sillón, absorta. De pronto, se puso en pie, y se acercó a la mesa.

Todos los ocupantes de la sala de controles se tensaron. Silvia rodeó la mesa, se sentó en la butaca giratoria, y miró a todos lados. La tensión en Santos Sanpedro y sus compinches iba en aumento. Y todavía aumentó más cuando Silvia abrió el cajón central de la mesa y removió algo allá dentro… Pero su mano apareció sosteniendo un cigarro habano, que encendió utilizando un encendedor de mesa situado junto al teléfono.

—Si toca el teléfono, desconéctalo en el acto —susurró Santos.

—La madre que la parió —masculló Néstor—… ¡Se está fumando un cigarro puro!

Simonetti emitió una risita, y eso fue todo. La imagen de la señorita Delmare en la pantalla no podía ser más simpática y poco usual: una preciosa muchacha rubia en *maillot* fumándose un cigarro habano tras una suntuosa mesa de despacho.

Ella ni siquiera miró el teléfono. Estuvo fumando un par de minutos. De pronto, pareció recordar algo, se puso en pie y se plantó ante los paneles que ocultaban la radioemisora. Estuvo tanteándolos hasta conseguir abrirlos y se quedó mirando al aparato…

—Desconecta la radio —susurró Sanpedro.

Uno de los habituales de la sala de controles lo hizo. Pero fue innecesario. La señorita Delmare estuvo quizás un minuto mirando la radio con curiosidad, pero eso fue todo. Colocó los paneles en su sitio, fue a la mesa, apagó el cigarro puro en el grueso cenicero de cristal, y abandonó el despacho.

Fin del telefilme.

En la sala de controles hubo unos segundos de silencio. Por fin, Santos Sanpedro suspiró con evidente alivio.

—Bien —dijo alegremente—, ella es solamente una puta

encantadora… Mejor para todos.

—¿Y si fuese lo que usted teme, pero se hubiese olido la trampa? —sugirió Néstor.

—Tampoco hay que exagerar —masculló Sanpedro—. Ni ella puede ser tan lista, ni ningún espía resistiría la oportunidad de haber podido utilizar esa radio. Volvamos cada cual a lo nuestro.

Ella estaba quitándose el vestido de noche que había lucido durante la cena en el gran comedor cuando entraron los dos negros, Henri Maché y Samuel Amako, el primero portando una botella de champán, y el segundo tres copas. De pie ante el lecho, Silvia se quedó mirándolos inexpresivamente.

Maché terminó de cerrar la puerta y dijo:

—Nos ha parecido que le gustaba mucho el champán, de modo que hemos pensado en invitarla… en un ambiente más tranquilo.

Silvia no dijo nada. Terminó de quitarse el vestido, y fue a colocarlo en el armario de donde lo había tomado antes, junto a las demás prendas de las «niñas» de Santos Sanpedro. También la braguita y el sujetador los había tomado de aquel armario, de modo que se quitó ambas prendas y las dejó en un estante, muy bien colocadas.

A pocos pasos de ella, Maché y Anako la miraban con ojos que casi se salían de las órbitas, turbios de deseo. Ella se volvió de pronto, y dijo:

—¿Entiendo que desean estar conmigo los dos a la vez?

Los dos negros tardaron en contestar. Estaban mudos de admiración contemplando aquel cuerpo de piel que parecía seda y oro, de formas espléndidas y firmes, de muslos rotundos, de pechos magníficos, vientre liso, cuello deliciosamente esbelto… El vello sexual destacaba en la dorada piel como un negro triángulo que escondiera goces infinitos.

Por fin, Amako graznó.

—No se preocupe: nos entenderemos bien los tres.

Ella sonrió, y se acercó a ellos caminando lentamente. El balanceo turgente y sólido de sus pechos era fascinante.

—Espero que valga la pena esta nueva experiencia mía —rió Silvia—: ¡yo solita contra dos terribles negros ardientes y vigorosos!

Los dos negros rieron. Maché descorchó la botella de champán, y Amako apercibió las copas.

Se oyó el leve gorgoteo del líquido al llenarlas. Amako tendió una de las copas a Silvia, que esperó a que ellos también estuvieran listos para beber, y ofreció el brindis:

—Por una noche feliz.

Amako asintió, bebió un sorbo, y enseguida tendió la mano libre y apretó ávidamente un pecho a la rubia, que rió y fue a sentarse en el lecho. Maché y Amako dejaron todo, y fueron hacia el lecho. Silvia rió, y se tendió en el centro, boca arriba, con una impudicia que encendió definitivamente la sangre y el sexo de los dos africanos. Cada uno de ellos se tendió a un lado de Silvia, que volvió a reír al ver sus manazas deslizándose sobre sus carnes doradas, en caricias codiciosas…

—¿Cuál va a ser el primero? —rió—. ¡Porque no irán a decirme que eso lo van a hacer los dos a la vez!

—Eso… se puede arreglar… —jadeó Maché.

—¡Ah, no! —Se sentó ella de golpe en la cama—. ¡Si es lo que estoy pensando, nada de eso, no me gustan las porquerías…! Y otra cosa: ¿qué pasa si entra alguien más en la habitación?

—No hay cuidado por eso —dijo Amako—. Todos están ya descansando. Hemos esperado eso, precisamente, para venir aquí.

—Eso es lo que quería saber —dijo Silvia.

Miró la mano con que Maché apretaba uno de sus senos, y, de pronto, descargó un golpe con el canto de la mano derecha justo en la sien izquierda del negro. Maché emitió un sonido gutural, sus ojos se pusieron en blanco, y se desplomó sobre la almohada, fulminantemente muerto. Samuel Amako se quedó mirándolo atónito, incapaz de comprender. De repente se sobresaltó, miró a la rubia, y vio venir el puño hacia su rostro. Respingó, pero eso fue todo lo que pudo hacer. El puño golpeó en su entrecejo, en seco y con una dureza propia del acero. Amako tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba. Luego, murió.

La señorita Delmare salió de la cama, y, sin dirigir una sola mirada a los dos cadáveres tendidos uno junto a otro en el lecho, se vistió, pero ahora no con un bonito y elegante vestido de noche, sino con las prendas que había estado eligiendo antes de la llegada de los negros: unos pantalones de paño oscuros y un jersey negro de manga larga, que moldeó a la perfección sus espléndidas formas.

Se calzó unas zapatillas azul oscuro, abrió un cajón del armario,

y sacó una servilleta, que desenvolvió, dejando al descubierto el cuchillo de cocina y los otros dos de la cubertería normal de mesa que había requisado oportunamente.

Sin más, la señorita Delmare salió del dormitorio.

Capítulo VII

En efecto, parecía que todo al mundo en la casa estuviera durmiendo. O, al menos, todos estaban en sus habitaciones. Así pues, Silvia descendió a la planta sin novedad. Echó un vistazo al salón, donde no quedaba nadie. Salió, cruzó el vestíbulo, y abrió la puerta de la casa. Tenía muy claro en su mente lo que convenía hacer, y no estaba dispuesta a permitir que nadie se opusiera.

Por eso, frunció hoscamente el ceño cuando, al salir de la casa, en el amplio pórtico, casi se dio de boca con Néstor, que al oír abrirse la puerta se volvía con expresión intrigada. Al ver a Silvia, Néstor tuvo un leve sobresalto, y enseguida su gesto se tornó hostil, y su boca se abrió para iniciar la pregunta…

El cuchillo de cocina impactó con blando chasquido en su garganta, bajo la mandíbula y en sentido ascendente. Los ojos de Néstor parecieron reventar en una expresión de dolor y espanto, retrocedió un paso, y se desplomó. La señorita Delmare se inclinó a limpiar el cuchillo en las ropas del palpitante cadáver, y luego echó a correr silenciosamente hacia el gimnasio, buscando en lo posible las zonas más sombreadas.

Cuando entró en el gimnasio, por la misma puerta que aquella tarde, no tenía ni mucho menos la seguridad de que nadie la hubiera visto, de modo que decidió actuar a toda prisa. En pocos segundos llegó al dormitorio donde había encontrado a Sergio Gentile, y entró, localizando el interruptor de la luz y encendiéndola. Además de Gentile había allí otros dos hombres, durmiendo vestidos, en sendas literas. A los pies de cada una habían colgado el cinto con su funda y la correspondiente Magnum. Silvia empuñó una de las Magnum, y cuando los dos hombres se incorporaron vivamente en sus literas, les apuntó, primero a uno luego, al otro, apretando suavemente el gatillo del arma.

Plop. Plop.

Como súbitamente dormidos de nuevo, los dos hombres volvieron a tenderse en sus literas, en el principio de un sueño que duraría toda la eternidad.

Para entonces, el herido Gentile comenzaba a reaccionar, farfullando. Cuando estuvo completamente despierto vio sobre él el rostro de Silvia Delmare. Pudo captar perfectamente la gélida expresión de sus ojos. Y sintió en su garganta el pinchazo de un cuchillo.

—¿Quieres que te saque los ojos y te corte los testículos? —susurró la señorita Delmare.

Gentile seguía mirando aquellos ojos que ahora le parecían diferentes. Se pasó la lengua por los labios, y negó con un gesto.

—Muy bien —aprobó Silvia—. En ese caso, dime dónde están las niñas de Santos Sanpedro. Gentile, entiéndelo: si me haces perder un solo segundo te saco los ojos a cuchilladas. ¿Dónde están las niñas?

—En el yate de él…, en el *Polifemo*.

—Ah. Un yate. Claro. ¿Tú sabes por dónde está ahora el *Polifemo*?

—No… No. ¡Te juro que no lo sé! Sé que no se aleja demasiado de Rimini, pero no sé dónde está.

—De acuerdo.

Silvia se irguió, retirando el cuchillo y Gentile comenzó a emitir un contenido suspiro de alivio. Entonces vio la pistola. Oyó el chasquido del silencioso disparo, sintió un impacto en alguna parte de su tórax, y tuvo una sensación como de súbita e infinita tristeza, que terminó enseguida, con su vida.

La señorita Delmare se apropió también de la otra pistola, y salió del dormitorio, casi corriendo ya para llegar cuanto antes al garaje. Todavía no había llegado a éste cuando, por algún ventanal, divisó unas luces rojas intermitentes, y comprendió que la alarma se había producido ya en la villa donde se hallaba la maqueta del Paraíso…, de aquel paraíso infernal ideado por un maldito diablo llamado Santos Sanpedro.

Aceleró la marcha, entró en el garaje, y en tres segundos estuvo dentro de su coche, metiendo la mano bajo el asiento del conductor y retirando rápidamente la radio, que accionó en el acto.

—¿Sí? —Sonó inmediatamente la voz de Simón-Roma, como en

un grito de rabia.

—Soy yo, Simón. Reúna…

—¡Por todos los demonios, estábamos locos de preocupación, creíamos…!

—No tengo tiempo para conversaciones, Simón: reúna a todos los hombres disponibles y tomen la villa por asalto inmediatamente. Y no tengan compasión de nadie si se niegan a entregarse: todos merecen morir. ¿Alguna duda?

—Ninguna. ¿Y usted…?

—¡Olvídese de mí y haga lo que le he dicho! —exclamó la señorita Silvia Delmare.

Cerró la radio, se la introdujo dentro del pantalón, y recuperó también su pistola de cachas de madreperla, así como el maletín. Sabía que con el coche le iba a ser imposible escapar, así que tenía que recurrir a alguna argucia si quería sobrevivir a aquella situación. Aunque no iba a ser fácil, ya que si la alarma estaba dada en la villa significaba que Sanpedro sabía que ella era lo que él había temido, aunque hubiera conseguido engañarlo hasta entonces con su comportamiento.

«—Estúpido —pensó Baby—… ¡Tenderme a mí una trampa tan burda como poner a mi alcance una radio!».

Salió del coche, y en aquel momento oyó que comenzaba a abrirse la puerta grande del garaje, es decir, la utilizada para la entrada y salida de coches. Las siluetas de dos hombres quedaron visibles en el amplio hueco, y la voz de uno de ellos llegó hasta la espía americana:

—Enciende las luces. ¡Y cuidado con los coches, podría intentar escapar utilizando uno de ellos!

La señorita Delmare se dejó caer al suelo e intentó meterse debajo del deportivo, pero su cuerpo no cabía por tan reducido espacio; rodó sobre sí misma hasta llegar junto a otro coche, bajo el cual sí pudo esconderse. Había luces en el interior del garaje, además de las rojas intermitentes, y desde el jardín llegaban voces de numerosos hombres.

—¡Ve al gimnasio! —ordenó el mismo de antes—. ¡Y cuidado con ella, recuerda lo que ha hecho con los negros y con Néstor! ¡Mala puta de mierda…!

Oculta bajo el coche, la agente Baby sonrió secamente. Por

cierto que ella no era una puta, pero Santos Sanpedro la había tratado como si lo fuese. Y eso le iba a costar caro a Santos Sanpedro… Vaya que sí. Muy caro.

—¡Wilfred! —Oyó—. ¡Ven al dormitorio de descanso, verás lo que ha hecho allí!

El hombre que antes daba órdenes corrió por el garaje. En la puerta apareció otro, gritando algo que al principio no se entendió, poro muy pronto fue de la comprensión de la agente Baby: estaban asaltando la villa del enorme andino llamado Santos Sanpedro.

Comenzó a oír disparos y a divisar resplandores de poderosos haces de luz. La espía americana se relajó. Sabía que estaban atacando conjuntamente cinco servicios de inteligencia, es decir, seis si contaba el italiano, pues no era creíble que el llamado Giulio Sotoleone se quedase fuera del juego. Disparos, gritos de dolor, voces en varios idiomas, luces… El personal de Sanpedro tenía ahora mayores problemas que los de buscar a una sola mujer por la villa. De modo que la señorita Delmare salió de su escondrijo al oír entrar a dos hombres hablando de una ametralladora escondida que iban a emplazar.

Los vio cuando la estaban sacando de una gran caja de madera sucia de grasa. En el momento en que apuntaba hacia ellos una de las Magnum, uno de los hombres la vio. Se quedó como paralizado, abrió la boca…

Plop, disparó la señorita Delmare, metiendo la bala en la boca del desdichado. El otro gritó, se volvió llevando la mano a su Magnum… Plop, disparó de nuevo el arma la señorita Delmare. Cinco segundos mis tarde era dueña de la ametralladora, aunque no le servía de nada, pues ella sola no iba a poder sacarla de la caja. Bueno, sería suficiente que se quedase allí vigilándola, asegurándose de que, al menos, no iba a ser utilizada por los hombres del Paraíso contra sus Simones ni contra sus colegas…

El primero que vio, tres minutos más tarde, entrando en el gimnasio, fue precisamente el ruso Mihail Obenkov, que captó su presencia, miró velozmente hacia ella alzando la mano armada…, y quedó inmóvil, como petrificado.

—¿Qué tal, colega? —le sonrió la señorita Delmare.

—Santos Sanpedro no está en la villa —dijo Simón-Roma.

—¿Cómo que no está en la villa? —Se enfadó la señorita

Delmare—. ¿Acaso tengo que creer que seis servicios secretos no saben rodear una…?

—Hemos encontrado un pasadizo que arranca desde la cocina de la villa por debajo de la casa —gruñó Simón—. Y nos ha costado bastante, porque estaba cerrado. Quiero decir que ese sujeto no dejó abierta la trampilla, sino que escapó y la colocó de nuevo en su sitio. Algunos de los muchachos están en el pasadizo. Nos llamarán en cuanto lleguen al final.

—¿Y de qué servirá eso? —Exclamó Baby—. ¡Maldita sea, ese criminal se nos ha escapado…! Pero no. Todavía no. Todavía podemos encontrarlo en el yate *Polifemo*.

—No se atreverá a ir al yate —rechazó el británico Prentiss—. Por fuerza tiene que saber que alguno de sus hombres lo ha delatado. De modo que no irá allí.

—Espere un momento —comenzó a enfadarse Baby—: ¡no me digan ahora que alguien dio contraorden a las mías de buscar ese yate por el Adriático…!

—Claro que no —intervino Giulio Sotoleone, el espía italiano, guapo al extremo de que al conocerlo Baby había quedado atónita —. Me he encargado personalmente de ello, y tenga por cierto que todas las fuerzas italianas disponibles están en el asunto. No tardaremos mucho en encontrarlo. Aunque quizás el señor Prentiss tenga razón y ese sujeto no vaya al yate. Además, ¿cómo lo haría, si ya no dispone de la radio para comunicarse con él?

—Puede disponer de otra radio en otro lugar. O puede utilizar un radioteléfono. Y él irá al yate. Si quieren les explico por qué.

El francés Delpierre emitió un simpático suspiro.

—Ya lo creo que queremos. Vamos, estoy seguro de que nuestros colegas sienten tanto interés como yo por saberlo.

Las miradas de todos los agentes secretos reunidos en el salón de la villa de Rimini estaban fijas en la rubia señorita Delmare, cuyos verdes ojos (por supuesto falsificados por las lentillas) mostraron una simpática expresión maliciosa. La situación en la villa estaba por completo controlada: habían eliminado o capturado a todos los «expertos en guerras», y, además de los libidinosos Maché y Amako, habían muerto otros dos negros del «Paradiso» futuro de Santos Sanpedro, que se habían resistido. Todo estaba bajo el control de los espías.

—Ustedes —dijo de pronto la señorita Delmare— no vieron como vi yo a Santos Sanpedro. Ya sé que les he dicho que es un hombre muy gordo, pero hay que verlo para asimilar la idea de su gordura. Es tan gordo que si lo fuese sólo un poco más, reventaría.

—¿Y qué tiene que ver eso con…? —empezó Krainer.

—Vaya a donde vaya, el señor Sanpedro sabe que siempre será fácilmente identificable. De modo que tiene que elegir entre quedarse escondido una temporada sin que nadie absolutamente lo vea, o alejarse lo máximo posible de Rimini por el medio más discreto posible. ¿Qué creen ustedes que hará?

—Intentará llegar al yate —dijo Gobenkov.

—Así lo creo yo. Tiene algunas horas nocturnas todavía, y querrá aprovecharlas. Él sabe que si no se da prisa nosotros encontraremos ese yate antes que él, de modo que no perderá el tiempo. Es demasiado gordo, demasiado llamativo, demasiado espectacular para ir por ahí. En cambio, en su yate podrá permanecer… digamos convenientemente eclipsado. De modo que, en efecto, sea como sea, él intentará llegar al yate.

—¿Y qué hará? —indagó Jacques Delpierre—. Quiero decir, con sus «niñas» y con los fabricantes de armas. Porque no creo que simplemente se dedique a navegar como si nada estuviese ocurriendo. Si sabe que buscamos el yate, tendrá que tomar algunas medidas para protegerse… Usted lo ha conocido, lo ha tratado… ¿Qué medidas cree que tomará Santos Sanpedro para salirse definitivamente con bien de todo este asunto?

—No sé lo que hará con las niñas —susurró la agente Baby—, pero sí creo saber lo que hará con los fabricantes de armas.

—¿Qué hará?

—Los matará y los tirará al fondo del mar. Porque ese sujeto no se va a dar por vencido por esta primera derrota, y por tanto buscará otros fabricantes de armas a los que encante esa idea del Paraíso y estén dispuestos a financiarla con tal de sostener a flote sus industrias… Pero, claro, lo que no puede permitir nuestro amigo andino es que los nuevos fabricantes de armas se enteren de que él ya ha tenido un fracaso en su intento de crear un paraíso fiscal y de armas, así que…

—¡Raaasss…! —Se pasó un dedo por la garganta Jacques Delpierre.

—Exactamente —sonrió la señorita Delmare—: ¡raaasss! Porque una cosa les aseguro: el señor Sanpedro no es precisamente de los que se andan con miramientos. Y si lo dudan, recuerden a nuestros cinco compañeros lanzados al mar en vida y encadenados…

Este es el final

Santos Sanpedro casi gritó de alegría cuando, finalmente, estuvo seguro de que el yate que había divisado hacía poco y hacia el cual navegaba era, efectivamente, el *Polifemo*. Hacía poco que había amanecido, y el sol comenzaba a calentar su enorme cuerpo sometido al frío nocturno del mar.

Pero ya no tenía que preocuparse. Por fortuna, todo iba a terminar lo mejor posible, dadas las circunstancias. Antes de escapar de la villa por el pasadizo, había llamado de nuevo por la radio al *Polifemo*, y le había dado instrucciones a su capitán, Aurelio, para que acudiera a determinado punto del Adriático, adonde él había podido llegar a su vez, tras haber robado una lancha… Todas las penalidades de aquella noche las daba por buenas, pues iba a conseguir su objetivo: escapar con el *Polifemo* hasta Grecia, donde lo abandonaría…, del mismo modo que habría abandonado antes a los fabricantes de armas y a sus niñas. Ah, no podía permitirse el lujo de conservar ni a unos ni a otras, de modo que tendría que tirarlos al fondo del mar.

¿Qué más daba? Pronto volvería a encontrar fabricantes de armas que se entusiasmaran con la idea. Y en cuanto a las niñas, ¡uf!, con dinero podía encontrar en todo el mundo todas cuantas niñas quisiera entre los quince y los dieciocho añitos. ¡Ningún problema!

Diez minutos más tarde, llegaba con la lancha junto al *Polifemo*, que había parado sus motores. Asomado a la borda le esperaba Aurelio, que le saludó efusivamente, y que incluso lo abrazó cuando subió a bordo.

—¿Y las niñas? —sonrió Santos—. ¿Y los invitados?

—Todos durmiendo, señor. Tal como usted me ordenó, no les dije nada del cambio de planes ni de las circunstancias.

—Estupendo. Oye, que uno de los muchachos hunda esa lancha, y enseguida vamos a poner rumbo a Grecia. Encárgate de todo. Yo voy adentro a ponerme algo de abrigo y a comer algo. No perdáis tiempo, Aurelio.

—No señor, vaya tranquilo.

Santos Sanpedro entró en el yate. Era un hermoso yate, que había comprado hacía poco más de un año con el producto de sus anteriores trapacerías, como contrabando de niñas y de drogas principalmente, allá en las Américas. Hacía ya mucho tiempo que Santos Sanpedro tenía las ideas muy claras sobre lo que quería conseguir, y hasta ahora sus planes se habían ido cumpliendo sin un solo fallo o contratiempo. Hasta que intervino la maldita mujer, la maldita Silvia Delmare, que por supuesto debía de ser una espía que…

Se detuvo en seco al entrar en el salón del yate. No es que no creyera lo que estaba viendo.

Es que ni siquiera lo entendía.

Sus invitados, los fabricantes de armas que hasta entonces habían estado disfrutando de un paseo por el Adriático gozando con sus niñas a la espera de que él ultimase los asuntos en la villa del «Paraíso», estaban todos ante él, sentados, atados de pies y manos, mirándole, sumidos en un hosco silencio que ponía los pelos de punta.

Pero más de punta se le pusieron los pelos a Santos Sanpedro cuando, en otro sillón, vio sentada a Silvia Delmare, que le miraba con una sonrisa que parecía pura y simplemente angelical…, aunque tuviera en la mano derecha una Magnum.

—Zambomba —dijo la señorita Delmare—, ¡pero si está aquí el Dirigente Auténtico Oculto de los Estados Unidos de África del Oeste, es decir, del Paraíso! ¡Qué sorpresa tan encantadora!

Santos Sanpedro comenzó a sentir miedo por primera vez en su vida. No por lo que estaba sucediendo, que lo comprendía perfectamente: simplemente, sus enemigos habían jugado con más triunfos que él, habían encontrado el *Polifemo* antes que él, lo habían apresado, y ahora estaba todo bajo su control. Esto lo entendía, y no le producía especial inquietud. Así es el juego, se gana y se pierde. Pero…

Pero el miedo era por otra cosa. Por algo que estaba viendo en

los ojos de Silvia Delmare. Algo que nunca había visto en otros ojos.

—¿No preguntas por tus niñas? Ellas están bien, no te preocupes. Como comprenderás, un grupo de espías de primera categoría no vamos a dedicarnos a hacerles mal a unas simples putitas, eso sería una barbaridad. De modo que cuando lleguemos a tierra las dejaremos marchar: incluso es posible que yo les dé algo de dinero para que regresen a sus casas, o, en fin, allá donde tú las reclutaste a golpe de dólar. Con estos caballeros la cosa será diferente, claro: serán denunciados y penalizados de tal modo que los restantes fabricantes de armas del mundo tengan un buen tema para reflexionar si alguna vez decidieran hacer alguna jugada especial por su cuenta o utilizando tipejos como tú. Porque tú, Santos Sanpedro, eres sólo un tipejo, ¿sabes? Pero un tipejo que asesinó a cinco espías uno de los cuales era de la CIA. ¿Has oído alguna vez el nombre de Baby, tipejo?

Santos Sanpedro palideció como si ya estuviese muerto. La señorita Delmare, en cambio, volvió a sonreír. En el salón habían aparecido ahora varios hombres procedentes del interior del yate, pero Sanpedro ni siquiera los miró: estaba fascinado contemplando a Silvia Delmare.

Ésta se puso en pie, y señaló hacia la puerta.

—Salgamos a cubierta —propuso—. Veamos un nuevo día lleno de sol. La vida es hermosa, ¿no te parece, tipejo?

Santos Sanpedro sabía que lo que tuviera que suceder sucedería, porque aquella mujer así lo había decidido. De modo que regresó sobre sus pasos a la cubierta, donde vio a Aurelio mirándole consternado. También comprendió a Aurelio, porque además de él veía ahora en la cubierta a otros seis hombres, bien armados, y que, sin la menor duda, eran espías. Espías. Como aquellos cinco que él había arrojado al mar envueltos en cadenas, como si fuesen un paquete de basura…

—Ponedle las cadenas —oyó.

Todavía tardó Santos unos segundos en comprender. Varios hombres se acercaban a él, sosteniendo cadenas muy pesadas.

—No —gimió de pronto Santos—… No, por favor… ¡Eso no!

Comenzó a chillar cuando, a la fuerza, los atléticos y silenciosos espías le colocaron las cadenas rodeando su enorme cuerpo. Luego, lo acercaron a la borda, casi haciéndolo rodar. Baby se colocó junto

a Sanpedro, que la miró con los ojos casi fuera de las órbitas.

—No, por favor —pidió con un hilo de voz—… No, por favor.

—¿Sabes, cariño? —Deslizó muy suavemente Baby, en voz tan tenue que sólo Sanpedro pudo oírla—: a mí ningún hombre me ha tenido contra mi voluntad sin que más adelante tuviera que lamentarlo amargamente. Pero no creas que es por eso que vas a ir al fondo del mar con estas cadenas: es porque tú asesinaste de este modo a un Simón, y a cuatro espías más. Es porque tú eres un asesino. Es porque tú no mereces circular por este mundo, cariño.

—Por favor —insistió en su gimoteo Sanpedro—… Por favor, no me hagas esto, no me tires vivo al mar, ¡me horroriza…! ¡Pégame un tiro!

—Bueno, ya que tú mismo me facilitas que me conceda el gusto de una pequeña venganza personal…

La agente Baby disparó.

Pero no al tórax de Santos Sanpedro, sino más abajo.

La bala destrozó el paquete genital del criminal, que tras un instante de sobresaltada estupefacción abrió la boca y lanzó un bramido de bestia herida que se extendió por el mar con trémolos de dolor y de horror.

La señorita Delmare se volvió hacia sus Simones, y dijo, fríamente:

—Tiradlo ya. El juego ha terminado.

Era un hermoso día de verano.

Un día propio del mismísimo paraíso. Del auténtico Paraíso, se entiende.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *En Venecia se muere dulcemente*. <<

[2] Véase la aventura titulada *Si parla italiano*. < <